



APUNTES BIOGRAFICOS.



El emperador Nicolás rodeado de sus edecanes.

Ahora que los asuntos de Oriente tienen el privilegio de ocupar á todo el mundo, nos parece que serán leídas con gusto algunas noticias relativas á la vida del que puede mirarse como promovedor del gran conflicto que amenaza á Europa.

Se ha dicho con bastante fundamento que el emperador Nicolás es el hombre más hermoso de sus estados, y hasta cierto punto el elogio es merecido, porque su estatura, proporcionalmente elevada, y sus facciones, tienen una regularidad perfecta. Pero lo que le hace más notable sin

Marzo de 1854.

duda es la expresión singularmente grave de su rostro, la magestad de sus modales, y por último la armonía de todo el conjunto que revela la grandeza en su persona.

El que viese al emperador Nicolás por la primera vez, en medio de un brillante y numeroso estado mayor, rodeado de oficiales, generales y ayudantes, aun llevando el mismo uniforme que los demás, al punto le conocería por el gefe de una gran nación. Hay quien asegura que debe á la costumbre del mando aquel juego de fisonomía, y aquel movimiento de cabeza tan soberanamente magestuoso. Nos-

TOMO XII. 7

otros no somos de ese parecer. Hemos visto otros soberanos que podían decir igualmente: yo lo quiero, sin temer á la Constitución ni á la prensa, y sin embargo, han estado muy distantes de llevar sobre su frente augusta el sello de la voluntad, de la fuerza y del poder. Es menester que la naturaleza haya hecho un poco mas para el emperador Nicolás que para los demas soberanos.

Era muy jóven todavía, y ya se señalaba por las mismas cualidades exteriores en medio de los numerosos hijos de Pablo I. Nos atrevemos á suponer que nunca se sentó en un trono un príncipe que fuera dotado de tanta belleza. Su madre, la emperatriz María, era también muy hermosa, y la mayor parte de sus hijas se parecieron á la emperatriz. Hoy mismo, aun cuando ya no existen, se acuerdan todos de la belleza angelical de algunas de las grandes duquesas; la reina de Wurtemberg y la muger del archiduque palatino, son continuamente citadas como tipos de verdadera belleza.

El czar actual no parecía destinado á reinar. Hijo tercero del emperador Pablo, tenía á otros dos hermanos que debían precederle, y acaso hubiera tenido que ver el cetro de Rusia empuñado por una hermana. La ley sálica no podía establecerse inmediatamente despues del glorioso reinado de Catalina II, porque hubiera sido dar una prueba evidente de ingratitud, por lo tanto, aquel reino concedía por algun tiempo mas un cumplido derecho á las mugeres.

Las miradas de los ambiciosos cortesanos no se dirigieron precisamente hácia el gran duque Nicolás; la predilección de la emperatriz, su abuela, se encaminó naturalmente hácia el mayor de su raza, hácia aquel que un día debía continuar la obra de la civilización que ella tan hábilmente habia conducido. Por eso se puede decir que el emperador Alejandro fué un luminoso reflejo de la emperatriz Catalina.

Los otros príncipes fueron confiados á gentes de intenciones buenas y honradas, pero poco capaces de formar reyes. Las buenas cualidades que posee el emperador Nicolás se las debe á sí mismo. Nada se omitió para falsear su juicio, para turbar en él aquella voz interior que desde niño pedía justicia y razon á los mismos que le dirigian. En su consecuencia, apenas traspasaba el umbral de una sala de recepcion, en la que todo le era permitido, veía inclinarse obsequiosamente á aquellos mismos individuos que un poco antes tenia como jueces. ¡Fatal contradicción! Consiguio con este sistema lo que debía lograr: los preceptores perdieron su influencia y su autoridad; la independencia natural del jóven príncipe adquirió la superioridad, sin que ninguna intervencion de familia lograra moderar los efectos de la misma.

La muerte de Pablo I, el advenimiento de Alejandro al trono, las dificultades misteriosas de los primeros años de su reinado, llamaron la atencion de todos. El emperador de Rusia debe sus defectos á estas diferentes causas.

Sin embargo, Alejandro, casado con una princesa de Baden, perdía á sus hijos, y el gran duque Constantino se encontraba desde entonces llamado á reinar á su lado. La rusticidad de sus maneras, la desigualdad de su carácter, su condicion irritable, no dejaba de proporcionar serias inquietudes al porvenir de Rusia; pero Dios echó sobre este pais una mirada misericordiosa: Constantino, perdidamente enamorado de una jóven, deseaba casarse con ella; llegó como sumiso vasallo á los pies del emperador á pedir su consen-

timiento. La jóven era polaca, lo cual complicaba la situación: la respuesta del emperador, como debía esperarse, fué primero la negativa; pero Constantino allanó todas las dificultades prefiriendo su felicidad al trono.

—Renuncio al trono, exclamó, y renuncio á él con gusto delegando á mi hermano todos mis derechos.

Con gran contento de Alejandro se redactó el acta de la renuncia, se firmó y se mandó al senado, y desde entonces el gran duque Nicolás fué considerado como heredero presunto del imperio.

Desde este momento reveló ya el príncipe su buen juicio y la finura de su carácter; en vez de comenzar á mezclarse en los negocios públicos, como se lo autorizaba su nueva posición, permaneció completamente extraño á la dirección del gobierno. Habiéndose casado en 1817, esposo y padre feliz, hallaba en el interior doméstico su mayor delicia. La gran duquesa, su esposa, era una princesa virtuosa y bella. Fácilmente se veía en ella á la hija de aquella reina de Prusia, tan grande en la desgracia, que el mismo Napoleon, deslumbrado con su gloria, no supo comprenderla. Seguramente debió haberla hecho justicia en la isla de Santa Elena.

En 1816, despues de la tormenta política que durante quince años lanzó á los pueblos los unos contra los otros, la Europa, cansada de tantos sacrificios, comenzó á respirar. Los soberanos, mas tranquilos, curaban las heridas que la guerra habia ocasionado á sus pueblos, pero ninguno se esmeró tanto en ello como el emperador Alejandro. Todos saben que no le secundaron, y este fué el motivo de la profunda tristeza que se apoderó de su alma.

En 1825 circuló una nueva que hizo grande impresion en el público; la emperatriz, cuya quebrantada salud daba serias inquietudes á sus médicos, se disponía á partir para Crimea, y el emperador debía pasar el invierno á su lado. La familia imperial, aun cuando profundamente afligida por causa de este proyecto, no se atrevió á hacer la mas leve objecion. Hay motivos para suponer que esperó mucho del clima del Mediodía, del apartamiento de los negocios, para vencer las tristes disposiciones del espíritu del soberano: del hijo y del hermano mas querido que jamás ha ceñido una corona. La partida fué oficial. La despedida de estos ilustres personajes fué tierna y espresiva, y hasta la emperatriz madre esperimentó una de aquellas opresiones de corazon que llevan en pos tan terribles aprensiones.

Necesariamente la posición del gran duque Nicolás debía cambiar con la ausencia del emperador; desde entonces tomó una gran parte en los negocios, por haberla aceptado con entera lealtad, y en todo cumplió con su deber. Diariamente salía un correo particular con una relacion detallada de cuanto hacia en nombre de su hermano Alejandro, el cual contestaba á su vez, haciendo observaciones de interés acerca de los cuerpos del ejército que visitaba en sus distintas escursiones.

Semejante estado de cosas no podia prolongarse mucho tiempo. Se supo que el emperador sufría mucho, y muy pronto no fué ya un misterio la gravedad de su estado; los correos se sucedían con extraordinaria rapidez, el terror se apoderó de todos los corazones, el nombre del emperador se repetía, hasta que una carta escrita por la emperatriz, su esposa, trajo á su familia la esperanza lo mismo que á todo el pueblo.

En reconocimiento de esta buena noticia se celebraron funciones religiosas en accion de gracias en la iglesia de Casan, y la familia imperial, la corte y las poblaciones conmovidas, participaron unánimes de un sentimiento igual de fe y de confianza.

Ya habian comenzado los ruegos y las demas ceremonias eclesiásticas, cuando un oficial con el uniforme cubierto de nieve, y con las facciones alteradas, se adelantó al través de la muchedumbre, y entregó al gran duque Nicolás un pliego cerrado y con sello negro. Sin pronunciar una palabra, queda delante del principe inmóvil y con la cabeza baja, pues ha comprendido la mirada interrogadora del gran duque. Nicolás abrió temblando la carta, su vista se turba y se estravia, y últimamente se detiene sobre estas palabras trazadas por la mano de la emperatriz Isabel: «¡Nuestro ángel ha volado al cielo!...»

¡Nunca ha trazado la verdad una expresion mas significativa! La carta se desprende de la mano de Nicolás, y se oye un profundo gemido, al paso que flaquean sus rodillas y cae prosternado sobre el mármol del pavimento. El estupor fué general, cesaron los cánticos sagrados, se interrumpió el servicio divino, y reinó por todas partes el mas lúgubre silencio.

Entonces supieron, la noble familia, la corte y el pueblo, que el czar de Rusia se llamaba desde aquel instante Nicolás I.

Los primeros instantes de su soberanía los absorbió el dolor mas profundo; comprendió, no obstante, que su deber exigia hacerse superior á las circunstancias, y la historia tendrá siempre muy en cuenta la grandeza de su conducta hacia un hermano vivo, como de la amargura sincera de sus lágrimas sobre el cadáver de su hermano.

El senado, sabedor de la terrible nueva, se reunió sin perder tiempo con el objeto de proceder á la apertura de los diferentes pliegos que el emperador difunto habíale remitido, con el encargo especial de no abrirlos hasta despues de su muerte. Allí estaba el acta de abdicacion del gran duque Constantino, y la orden formal de hacer reconocer al momento al gran duque Nicolás como soberano de toda la Rusia.

Guiado por la obediencia y por la conviccion del bien que de ello debia resultar, pasó el senado al palacio para dar parte de todo al gran duque. Pero fué extraordinaria la admiracion de todos, cuando vieron á Nicolás que rechazaba imperiosamente la corona que nadie podia disputarle.

—No, caballeros, respondia á los discursos que ya le daban el tratamiento de rey, no puedo aceptar. Me habeis dicho que el acta de renuncia del gran duque Constantino estableció mis derechos de una manera absoluta; no soy de vuestro dictámen. ¿Quién me puede responder de que el principe no siente ahora una resolucion tomada hace tantos años? En cuanto á mí, obraré en consonancia con esta suposicion, y á fin de que no haya obstáculos á la idea de que mi hermano empuñe el cetro, mañana le saludará el ejército como emperador.

Todo sucedió como Nicolás lo habia anunciado.

Pero el gran duque Constantino por su parte no permaneció impassible mucho tiempo. Habiendo sabido en Varsovia la muerte de Alejandro, en el mismo instante renovó la renuncia, y añadió á ella una carta que no dejaba ninguna duda á su hermano de sus derechos. El gran duque Miguel,

portador de estos despachos, fué el primero que saludó á su hermano con el título de emperador.

El 24 de diciembre, Nicolás publicó una relacion exacta de lo que habia pasado entre el gran duque Constantino y él. Declaró al mismo tiempo que aceptaba la corona, y que databa su reinado desde el 7 de diciembre, é indicó el 26 para prestar el juramento.

El espíritu de revolucion aristocrática que fermentaba en Rusia hacia algunos años, escogió tambien este dia para arrojar el guante al absolutismo. Se convino entre los conjurados que procurarían decidir algunas tropas, cuyos oficiales se disponían á rehusar el juramento del nuevo emperador; debían pretestar permanecer fieles al gran duque Constantino, considerando á Nicolás como un impostor que se aprovechaba de la ausencia de su hermano para la usurpacion.

A medida que los regimientos salían de sus cuarteles y se formaban en la plaza del palacio de invierno, se buscaba la manera de turbar el sosiego. Unos se resistieron á la tentativa, y otros se manifestaron indecisos; el tumulto fué tomando proporciones, y los gefes corrieron de uno á otro escuadron para animar á las tropas. Estos hombres fueron propagando ideas de insurreccion; se sucedieron las vociferaciones, y hasta se oyeron amenazas de muerte. Los generales que habian permanecido fieles comprendieron que dependía de ellos el sosten de la disciplina, y temblaron al considerar la responsabilidad que pesaba sobre ellos. Despues de haber celebrado entre sí un consejo privado, el general B... envió una embajada para instruir al emperador de cuanto pasaba, todo lo cual habian querido disimular hasta entonces. Encontraron al emperador rodeado de su familia

—Este es, dijo, un momento de error, del cual no quiero tener conocimiento. Se apaciguarán. Un cuarto de hora de reflexion y respondo de ello.

—No, señor, dijo el general B..., al contrario, la exasperacion aumenta, y las últimas palabras que yo he oido eran amenazas... Permitid que remedemos el mal, á todo es de temer.

—¿Tal suponeis? ¡Vamos, pues! dijo el emperador.

Despidióse de los suyos con una sola mirada, y se encaminó hacia la puerta, seguido del general B..., con aquella firmeza de la cual tenia que dar tantas pruebas en lo sucesivo. Viendo esto la emperatriz se echó á sus pies á su tránsito:

—¡Deteneos! exclamó cogiendo la mano del emperador, ¡deteneos! Empleó las súplicas mas tiernas para sujetarle. Sus hijos le rodearon tambien con lágrimas y sollozos; le manifiestan los mas vivos temores, y las mas siniestras suposiciones. El emperador siente que se despedaza su corazón, pero no vacila un instante. Levantó á la emperatriz procurando tranquilizarla con algunas palabras consoladoras; despues, volviendo la cabeza, salió tranquilo y resuelto. La emperatriz volvió á caer de rodillas, elevando las manos al cielo para pedir por la conservacion de aquel á quien amaba mas que á su vida. Desde este momento se vió atacada de un temblor nervioso que la hace humillar la cabeza de una manera sensible.

Cuando se presentó el emperador, en lugar de la sumision que él pensaba inspirar, encontró la mas agresiva rebelion. Los insurrectos, sostenidos por la liga del pueblo,

se alteran, y dan principio al tiroteo. El emperador le afronta valerosamente, y poco después arenga á los culpables; pero sus esfuerzos no tienen éxito alguno. Hace que se aproxime el metropolitano á la cabeza de su clero, el que habla á su vez el lenguaje del deber y de la indulgencia; pero los soldados continúan inflexibles. Una nueva descarga viene á comprobar sus hostiles intenciones. Entonces, agotados ya todos los recursos, se da la orden de responder al fuego con el fuego. Empéñase la pelea, mas una hora después todo estaba terminado; los gefes de la rebelión se hallan en poder del nuevo emperador.

Parecia que el recuerdo de esta terrible jornada pesaba todavía con toda su gravedad sobre el corazón de Nicolás en la época de su consagración. Esta ceremonia se verificó en Moscou, el 5 de setiembre de 1826. Por la tarde entre la hora de comer y en la que debía llamar el emperador á los festejos de la ciudad, solo con sus hermanos (pues el gran duque Constantino habia querido afirmar con su presencia la corona sobre una frente tan digna de llevarla), solo repetimos, con sus hermanos y el general B...

—¿Sabéis, exclamó con aire melancólico, que es una carga pesada el cetro imperial? la fuerza de un hombre no basta para llevarla dignamente. Es menester que nos ayuden la buena fé y la verdad de aquellos que nos rodean. Estoy seguro de vuestra asistencia, añadió dirigiéndose hacia sus hermanos. A ti, Alejandro, terminó apretando la mano del general B..., á ti te corresponde decirme siempre la verdad. ¿Me lo prometes? Estos rasgos pintan el carácter de Nicolás.

El emperador de Rusia nació en julio de 1796, y tiene por consiguiente ahora cincuenta y ocho años; en 1817 casó con Luisa Carlota, princesa de Prusia, de quien ha tenido varios hijos que educa con esmero. Acaso otro día daremos algunos detalles domésticos; por hoy nos limitamos á decir que el czar goza de mucha popularidad entre sus súbditos, porque siguiendo un rumbo distinto que sus antecesores, concurre á todas partes, á los teatros, á los paseos, hasta en la bolsa se presentó un día de improviso, y dirigiendo palabras afectuosas á los comerciantes los dejó aturdidos con tanta honra.

Nicolás no carece de imaginación, y es infatigable para

el trabajo, todo lo inspecciona por sí mismo, y no contento con dirigir á su manera las relaciones exteriores hace que los ministros le pasen diariamente un parte detallado de los negocios de sus respectivos departamentos. Todo esto y aun mas se necesita para gobernar una nacion cuyo territorio en Europa presenta una superficie de cinco millones y medio de kilómetros cuadrados; en Asia quince millones de kilómetros; en América cerca de un millón: total 21.500.000 kilómetros cuadrados, ó lo que es lo mismo mas del doble de la Europa, cuya superficie solo es de 40.000.000 de kilómetros. Si tan inmenso espacio fuese igualmente poblado en toda la superficie, la Rusia podria tener en jaque á la Europa entera: pero en Asia la población no es mas que de tres

habitantes por kilómetro cuadrado; de 12 en las provincias europeas, en tanto que en Francia es de 65. Debemos advertir, sin embargo, que la población rusa sigue una progresión tan rápida como la de los Estados Unidos: los nacimientos están en relacion de uno á 25: se calcula en 2.000.000 de almas el aumento anual; de modo que al fin del siglo mandarán los czares 100.000.000 de súbditos al menos, y su imperio, convertido en uno de los mas comerciantes del globo, podrá ejercer sobre la Europa Occidental una doble presión. «Este imperio dice Mr. de Bonald, colocado sobre los confines del Asia y de la Europa, pesa á la vez sobre ambos. Desde los romanos, ninguna potencia ha mostrado mayor fuerza de expansion. Conse-



El emperador Nicolás.

cuencia de todo estado, cuyo gobierno es ilustrado y el pueblo bárbaro, y que reúne la extrema habilidad del motor y la extrema docilidad del instrumento.»

Las reformas efectuadas en Rusia, están muy lejos de ser lo que el czar deseara: tan omnimodo como es su poderío, ha encontrado un obstáculo inespugnable en la organización civil del imperio ruso, en la apatía en las masas, y en la resistencia pasiva de la nobleza propietaria del suelo: ha sido contrariado por los precedentes administrativos, por las tendencias generales de la política rusa, y sobre todo por una convicción profunda de la incapacidad del pueblo, para comprender y gozar de ciertas franquicias.

Nadie desea en Rusia mas vivamente que el emperador, la emancipación de los siervos y su transformación en ciuda-

danos. Si no se ha realizado esta gran reforma, es porque no basta decir á un hombre: *Sé libre*. El pueblo ruso es tan ignorante como preocupado: el suelo pertenece á la corona y á los nobles; ¿qué sería de cuarenta ó cincuenta millones de siervos emancipados, sin instruccion, sin prevision, (pues sus señores han tenido que tenerla por ellos) sin tierra y sin capital? «Un ukase, dice un historiador, que declarase libres todos los siervos del imperio, sería la señal de una revolucion sin ejemplo en el mundo.» En vista de tantas dificultades no tenía mas que un medio el emperador para llegar á su objeto; el de comprometer á los nobles á dar libertad á sus siervos bajo ciertas condiciones; en una palabra, á trasformarlos en colonos ó arrendadores con cánon enfiteútico y derecho de estincion del tributo; él debía sobre todo dar el ejemplo, porque la corona posee la cuarta parte al menos de todos los siervos. En su virtud, ha concedido derechos civiles á un cierto número de siervos de la corona, estableciéndoles en una especie de colonias, despues de darles los necesarios instrumentos agrícolas. Estos colonos, cuyo número aumenta rápidamente, no están sometidos mas que á un tributo anual que representa al impuesto: sus hijos reunen los mismos derechos que los miembros de las clases inferiores del *Tchin*.

Solo en la Curlandia se imitó el noble ejemplo del emperador. En la Rusia propiamente dicha, solo algunos nobles han seguido al czar; siendo de notar que la mayoría de ellos se componía de viajeros que en los salones de Londres y de París,

han admirado las ideas liberales y los sentimientos generosos.

Los mayores obstáculos que Nicolás encuentra á sus proyectos de reformas, son las distancias á que tiene que mandar y sobre todo la inmensa corrupcion que deshonorra á la administracion rusa. La venalidad de la justicia asegura la impunidad á los nobles y empleados que abusan de sus derechos (1).

Lo que necesita la Rusia y lo que constituye el problema que al parecer se ha propuesto Nicolás, es el crear una clase media numerosa, para establecer la regularidad en los derechos civiles y en la justicia.

Otro de los obstáculos, casi insuperables hoy, es la ignorancia del clero; rutinario y fanático. La religion es la base del poder del czar, que á la dignidad civil, une la de pontífice de la iglesia griega. Esta doble autoridad le diviniza para los rusos, que no invocan á Dios sino para que vele por el soberano, á quien consideran como la personificación de la Divinidad. He aquí en lo que estriba la omnipotencia del czar sobre sus súbditos: le adoran como á Dios: le obedecen como á Dios, y morir por él es morir por Dios. Reflexiónese sobre el poder de un parecido fanatismo, y se comprenderá de lo que es capaz la Rusia, y con cuanta razon debe temerse que la guerra con la Turquía y las potencias occidentales, que hoy parece ya inevitable tenga terribles consecuencias.

(1) El lector que quiera ver retratada la inmoralidad y mala fé de los empleados rusos, puede consultar *Le Rusie, sous Nicolás premier, pour Ivan Golouvin*.

LOS LOBOS EN EL PRINCIPADO.



Cordero devorado por un lobo.

Las historias de lobos han estado siempre en moda en todos los países, y España tampoco ha podido eximirse de esa especie de debilidad. Si hubiésemos sabido como los ingleses desahucios de ese enemigo terrible, por medio de batidas bien dirigidas, las historias de lobos habrían pasado al estado de cuentos, tanto en este como en el otro lado del canal de la Mancha. El lobo no sería ya temible en nuestros campos, y las narraciones de duendes, que tanto asustan todavía á las imaginaciones vulgares, no encontrarían alimento en la realidad que esparce la consternación en nuestros montes, y algunas veces en questras aldeas y caseríos rurales.

A pesar de nuestra decantada civilización, y de las armas que ella nos suministra contra el cruel animal carnicero, ¡cuántos carneros desaparecen aun en nuestras dehesas, cuantos caballos atacados por manadas de lobos, sucumben á las mordeduras de su hambre y de su rabia, y cuantos niños aislados en el campo, tiemblan todavía con razón, al pensar que se hallan espuestos a ser arrebatados por el lobo...

Bien conocidas son las costumbres feroces de ese animal: cualquiera de nuestros pastores sabe mas á cerca de eso, que todos los naturalistas pasados y por venir.

El lobo se alimenta de carne: ataca y devora á los otros animales, aun á los de su misma especie, cuando no encuentra cosa mejor, y hasta al hombre cuando la necesidad le acosa: la guerra que le hace la civilización le reduce con frecuencia al hambre, y su carácter cobarde y estúpido se convierte en tales casos en intrépido ó ingenioso. «Entonces, dice Buffon, arrostra el peligro; acomete á los animales que se hallan bajo la custodia del hombre, especialmente á los que puede llevarse con facilidad, como los corderos, perros, y cabritillos; cuando estas tentativas le salen fallidas, vuelve casi siempre á la carga, hasta que herido, rechazado y maltratado por el hombre y por los perros, se oculta durante el día en su guarida, no sale hasta que las tinieblas esparcen su oscuridad por toda la tierra, recorre los campos, se acerca á las habitaciones, arrebatando los animales abandonados, ataca las majadas, escarba la tierra y abre hoyos por debajo de las puertas, entra furioso en los corrales, y todo lo destruye y mata antes de elegir y llevarse su presa. Cuando sus correrías nada le producen, se vuelve á esconder entre la maleza de los montes, acecha, busca, sigue la pista, caza y persigue á los animales silvestres, con la esperanza de que otro lobo podrá detenerlos, apoderarse de ellos en su fuga, y de que partirá con él los despojos. En fin, cuando la necesidad es estremada, se espone á todo, ataca á las mugeres y á los niños, algunas veces se arroja tambien sobre los hombres, y se vuelve furioso por sus excesos, que ordinariamente concluyen por la rabia y por la muerte.»

El lobo es uno de los animales menos sociales que existen: cuando se le coge joven, la edad madura le vuelve al estado salvaje: no se reúne ni aun con los de su misma especie. Si se asocian dos ó mas lobos, lo hacen con grande ruido, y con espantosos aullidos, para atacar á un rebaño, á un enemigo mas fuerte que ellos, como un caballo errante, ó un mastín temible: dado el golpe en comun, cada uno vuelve á su aislamiento habitual.

El macho solo pasa el menos tiempo posible con la hembra, una vez al año: la loba oculta sus hijuelos en un mator-

ral espeso, sobre un lecho de musgo, los da de mamar algunas semanas, y luego les lleva liebres, perdices vivas, y otros animalejos. Los lobeznos juegan con aquella presa, y despues la degüellan y devoran: en cuanto prueban la carne, van á ponerse en acecho en las inmediaciones, primero con su madre y solos al cabo de un año.

Algunos cazadores aseguran que la loba se ve obligada á ocultarse del padre para que no devore á sus hijuelos: pero otros pretenden que hay lobos que se aficianan á sus hijos, que ayudan á la madre á criarlos, y que la reemplazan en sus cuidados cuando muere ó desaparece: este hecho les parece muy dudoso á los naturalistas.

El lobo tiene la mandíbula y el cuello tan fuertemente musculados, que se lleva un carnero al galope sin dejar que toque en el suelo. Cuando no encuentra carne viva, se come los animales muertos mas infectos, los vomita, y vuelve á engullir otros indefinidamente: así es, que tiene el aliento emponzoñado ó pestilente.

Los perros tienen tanto horror al lobo, que aun despues de muerto en la caza, es preciso sazonzarles la comida para que la coman.

En Oriente, segun dice Chardin, y sobre todo en Persia, se hace que los lobos sirvan de espectáculo al pueblo. Desde muy jóvenes, los ejercitan en la danza, ó mas bien en la lucha con los hombres: un lobo bien adiestrado en ese ejercicio, cuesta hasta quinientos escudos. Este hecho, parecería probar, añade Buffon, que á fuerza de tiempo y de paciencia se puede dar al lobo una especie de educación. Sin embargo, el grande escritor declara, que en vano hizo criar y alimentar lobeznos en su casa. «Mientras que son jóvenes, es decir, en el primero y segundo año, son bastante dóciles, y hasta cariñosos, y si están bien mantenidos, jamás se arrojan sobre las aves domésticas, ni sobre los demas animales; pero á los diez y ocho meses ó dos años, vuelven á su estado natural, y es preciso encadenarlos para impedir que se escapen y hagan daño. Yo tuve uno, que habiéndose criado con toda libertad en un corral con las gallinas, durante diez y ocho ó diez y nueve meses, jamás las acometió: mas por primer ensayo, las mató todas en una noche, sin comerse ninguna: otro, habiendo roto su cadena á la edad de cerca de dos años, huyó despues de matar un perro que le era familiar: una loba que conservé tres años, aunque encerrada muy joven en un mastín de la misma edad en un patio muy espacioso, no pudo, durante todo aquel tiempo, acostumbrarse á vivir con él ni sufrirle. Aunque mas débil, era la mas malvada; provocaba, atacaba, y mordía al perro, que al principio no hizo mas que defenderse, pero que concluyó por ahogarla.

En Italia, atribuian en otro tiempo, y tal vez atribuyen en el día á la mirada del lobo, la propiedad de entorpecer la voz del hombre. Ademas del testimonio de Plinio sobre esta creencia, es bien sabido el verso de Virgilio: «Falta la voz á Mæris: los lobos han visto á Mæris los primeros.» Todavía suele decirse, *lupus in fabula* (el lobo en la conversacion) para indicar la interrupcion de una narracion por la llegada del que era objeto de ella. Todo esto no es mas que una alegoría del terror que inspira naturalmente la aparicion repentina del lobo.

La historia mas terrible de lobos de que tenemos noticia en España, es la de los de la alta montaña de Cataluña en el año de 1714. Asolado aquel desgraciado pais ya hacia

largo tiempo por la guerra civil, la mas sacrilega é inhumana de todas las luchas: ocupado alternativamente por las tropas del archiduque Carlos, y por las del rey Felipe, y diezmados sus moradores en los campos de batalla por el fuego y el acero de los enemigos, y en las poblaciones por el hambre y las enfermedades, los que habian podido sobrevivir á tantas calamidades andaban errantes y escualidos por los montes, en donde sucumbian en gran número de estenuacion y de fatiga. Sus cadáveres abandonados por los campos, eran presa de los voraces lobos, que de este modo se fueron acostumbrando á la carne humana; reunidos en manadas, se aproximaban á las aldeas en cuanto las tinieblas se esparcian sobre la tierra, y en medio del silencio que ahogaba hasta los quejidos del dolor, resonaba toda la noche por aquellos valles y quebradas, el grito siniestro y terrible de ¡al lobo!... ¡al lobo!... que repetido de uno en otro punto, y multiplicado por el eco de las montañas, ponía en consternacion y alarma á los desgraciados habitantes de aquella comarca, y era seguido de un silencio mas aterrador que el que le habia precedido. Entonces cada uno procuraba hacerse fuerte en su miserable asilo, se encomendaba á su santo patrono, y el que tenia un resto de vida que defender, se armaba como si se presentase el enemigo.

Porque en efecto, se aproximaba el enemigo mas cruel é implacable de aquellas montañas, cuya rabia suplía al número, y que llegaba despues de la guerra, el hambre, y las enfermedades, para atacar mas seguramente á unos desventurados sin fuerza ni defensa. No referiremos todos los daños y destrozos causados por los lobos en aquel territorio, porque ademas de prolijo en demasía, nos sería imposible.

Habitados á alimentarse con carne y sangre humana por la abundancia de cadáveres que les suministró la guerra, las encontraron tan escelentes y apetitosas, que desde entonces, y hasta cuatro ó cinco años despues, atacaron á los hombres aunque llevasen armas, y nadie podia caminar solo. Las mugeres y los niños tenian que permanecer encerrados en sus casas, porque si alguno abria la puerta era arrebatado en el mismo umbral: hubo casos en que habiendo salido en medio del dia algunas mugeres para llevar agua de una fuente inmediata á sus casas, fueron acometidas y despedazadas, sin poder pedir socorro á sus maridos que se encontraban á siete u ocho pasos de distancia. Terminada la guerra, los lobos se paseaban por las poblaciones desde que cerraba la noche hasta el amanecer, se comian todos los perros que se quedaban fuera de las casas: muchas veces se los encontraron los panaderos y demas vendedores que acudían al mercado mas inmediato, y tenian que gritar ¡al lobo!... ¡al lobo!... sin cuya precaucion hubieran sido devorados. Tenian la astucia de precipitarse al cuello de sus victimas para impedirles que gritasen, y si se les daba tiempo habian adquirido la destreza de no rasgar los vestidos ni aun las camisas, que se encontraban intactas junto á los esqueletos de las personas devoradas.

Desde que comenzaron sus furiosos destrozos, se hicieron tan precavidos, que cuando habia algun perro temible por su valor y por su fuerza, se reunian muchos, y uno de ellos, se adelantaba solo hasta muy cerca de su temible enemigo: los demas se quedaban ocultos un poco detrás como en emboscada, y el que se habia adelantado, en cuanto veia que le habia descubierto el perro y que le seguia, se

iba retirando poco á poco por el mismo camino que habia llevado, hasta que le atraía á la emboscada y entonces todos se precipitaban á un tiempo sobre el perro, y le hacian pedazos. Las astucias de esos animales son muy semejantes á las de la guerra, é hicieron concebir al vulgo sencillo é ignorante la idea de que no eran verdaderos lobos, sino soldados difuntos que habian resucitado por permiso de Dios, para castigar á los vivos y á los muertos, y los creian duendes: esta idea no carecia enteramente de fundamento, porque en aquella época se hallaba muy difundida la opinion de que los duendes ó hechiceros eran antropófagos ó comedores de carne humana, y que sobre todo les gustaba mucho la de los niños. Ademas, aunque aquellos crueles animales asaltaban indiferentemente á los hombres y cuantas personas encontraban, acometian con preferencia á las mugeres y niños, y esta circunstancia, aunque muy natural, pues solo era efecto de la debilidad y menor resistencia de las victimas, contribuía á que se arraigase cada vez mas tan necia preocupacion.

Tan poseidos de ella se hallaban aquellos amedrentados habitantes, que aseguraban que los lobos dirigian con predileccion sus ataques contra las mugeres próximas á ser madres, y en su consecuencia referian ejemplos tan horribles que esceden los límites de la verosimilitud. Citaremos solamente uno.

Al volver una pobre muger á su aldea desde una ciudad inmediata, cuando ya empezaba á oscurecer, á unos diez ó doce pasos de su casa, se presentó un lobo furioso y hambriento, que parecia haber salido de debajo de la tierra y que la enseñaba sus agudos y amarillentos dientes. En un abrir y cerrar de ojos la desgraciada fué derribada al suelo, el animal la abrió las entrañas, trazó una línea de sangre hasta un terreno no muy apartado cubierto de malezas, y se alejó, sin que nada pudieran observar unos caminantes y una dama que junto al mismo sitio pasaron á caballo, porque aquella operacion fué obra de un momento y de un solo golpe.

Y de colina en colina, el eco repetía el grito de ¡al lobo! ¡al lobo!...

Impacientes por socorrer á la moribunda, los que acompañaban á la viagera, la dejaron temblando y sin que supiese nada de lo que acababa de pasar; por manera que ni ellos ni ella observaron que el lobo no estaba solo, y que otros diez rabiosos y amenazadores, apartaban las matas del montecillo que lindaba con el camino. Apenas la señora estuvo separada de los que la acompañaban, todas aquellas fieras, con el pelo erizado y los ojos centelleantes, saltaron al pecho y los ijares del caballo que montaba: la viagera lanzó un grito penetrante, se asió fuertemente á la brida y á la silla, y fué á caer entre los dientes de los monstruos, cuando llegó un socorro inesperado. El defensor era un enorme perro, que acababa de obedecer á un silbido particular: mas terrible que los mismos lobos, los acomete por la garganta; como enemigo habituado á aquella especie de guerra, de un solo golpe derriba al primero que se atreve á oponerle resistencia, ejecuta lo mismo con el segundo y tercero, y mientras que la señora llena de terror y medio muerta abandona la silla, se coloca gruñendo y con la boca llena de sangre, entre ella y los últimos acometedores. Todo esto habia pasado con tanta rapidéz, que los caballeros no sabian nada todavía; y los

lobos, escitados por el olor de la sangre, y por el ardor de la lucha, estaban muy distantes de renunciar á la victoria. Entonces apareció un nuevo combatiente, un jóven con sombrero de ala ancha: con la espada en una mano, y una pistola en la otra, se arroja como un rayo sobre aquellos enfurecidos animales, hiere y dispersa la mitad, pero los restantes, echando espuma por la boca hacen presa en sus calzones de ante, y hasta en la hoja de su espada; mas por fin, con su pistola de dos cañones apunta á las dos cabezas mas encarnizadas, las derriba una despues de otra, y ahuyenta á los que aun quedaban con el estruendo de la detonacion.

Inmediatamente acudieron los demas caballeros, y levantaron á la dama que se habia desmayado: su libertador se aseguró de que no habia recibido daño alguno, y reconoció la feliz casualidad que habia secundado su valor, viendo á

diez pasos el caballo hecho pedazos. Sin aquella presa abundante entregada á su ciego furor, no cabe duda en que los lobos, á pesar de toda resistencia, hubieran devorado una víctima mas delicada.

Pasados algunos instantes, la viagera recobró el sentido, reconoció en su libertador á uno de los principales gefes durante la guerra en aquel país, y volvió á proseguir su camino en otro caballo, en medio de las apretadas filas de su escolta, mientras que los ecos de la noche repetian la señal formidable:

¡Al lobo!... ¡al lobo!...

Tales eran las anécdotas que en la primera mitad del siglo XVII se referian en la alta montaña del Principado.

P. C.



Caballo atacado por lobos.

LA CAZA CON HALCON.—HISTORIA DE UN TROVADOR.



La condesa Adelaida de Ventadour reclamando la salvacion de la perdiz; el viejo halconero y los perros.

Las espesuras del Querey son inmensas, pero producen una sensacion estraña á aquellos que las contemplan por la vez primera. Tanto como la vista puede estenderse, no vemos mas que un conjunto de piedras erizadas, menudas y cenicientas, que cubren toda la superficie del suelo. En ciertos

TOMO XII.

parages se ven algunas robustas encinas en un campo estrecho cercado de muros formados de hojarascas, donde vegetan aprisionadas algunas flores blancas, únicos vestigios de la naturaleza viviente y del hombre; de distancia en distancia se ven tambien algunos pedazos de piedras

trabajadas por la mano del hombre, que nos revelan que algun pueblo habitó en este desierto. Parece que la sangre de victimas humanas corre todavía por ciertos sitios; el alma se apodera de un involuntario terror, y se retrocede creyendo ver al druida con su corona de hojas de encina ceñida sobre las sienes, con su túnica de lino rayada de líneas purpúreas, remangada hasta la rodilla; pero no se apercibe mas que la sombra del caminante en esta soledad desesperada, sin escuchar otro ruido que el de los cencerros lejanos de algun rebaño, condenado á pastar la poca yerba que brota de entre las piedras.

En este Sahara meridional, en medio de uno de los raros parages que sombrean los árboles bañados por el Dordoña, entre Rocamadour y Grama, se oyó á mediados de junio del año de 1156, la mas gozosa fanfarria que pudo salir en aquella época de la trompa de un cazador. La vizcondesa de Ventadour habia pasado á la morada del señor de Montvalert, su primo, y cazaba con el halcon seguida de su numerosa comitiva de caballeros y de donceles. La caza de volatería, que era la diversion favorita de la nobleza, agradaba especialmente á los jóvenes castellanos, que le entregaban á ella con pasion, de donde procede que el arte de cazar pasaba entonces por la rama mas grata de los conocimientos humanos. Por las vivas controversias que se agitaban diariamente respecto á la eleccion de los halcones, podemos juzgar de su importancia. Enrique II, dice Plantagenet, este escelente rey de Inglaterra

que gustó mas de perros y caballos
que hacer jamás conquista de cristianos.

puso en moda el halcon de Dinamarca y de Noruega; pero ya para protestar contra la dominacion inglesa, ya por espíritu nacional, los barones del Sur prefirieron los halcones de los Alpes. A la verdad, si hemos de creer á la mejor autoridad del siglo, Deudes de Prades, autor de las *Aves cazadoras (dels Auzels cassadors)*, el rey de Inglaterra tenia razon.

Ahora no sabemos decir si el ave que se acababa de lanzar, el dia de que se trata, en este parage á orillas del agua, era de Noruega ó de los Alpes; pero volaba de manera que merecia los aplausos de su dueña, la hermosa castellana de Ventadour. Esta, entregada enteramente á la caza, y apoyada sobre los estribos, miraba atentamente al cielo, mientras que dos monteros permanecian detrás á cierta distancia, con un anciano montado en un caballo enano de los Landes, y cuyo zurrón indicaba su profesion, preparaba un huron á su izquierda, y mientras que á su derecha piafaban impacientes los caballos de algunos barones, cuyos ojos centelleantes de placer seguian los movimientos del halcon.

La noble ave cortaba el aire vigorosamente; durante algun tiempo continuó elevándose con igual rapidez; luego se la vió detenerse y balancear como un punto inmóvil. Permanecía en un mismo sitio y observaba su presa. Poco á poco, sin embargo, se encaminó hácia ella, y cuando conoció su ventaja se dedicó á su persecucion.

Era una perdiz, que no pudiendo luchar en prontitud contra este cruel adversario, procuró escaparse precipitándose en un confuso ramage. Pero aqui la esperaba un nuevo peligro; los perros que se habian preparado al verla

caer, se metieron en el ramage, y como si no fuera bastante para asustarla sus agudos ladridos, el anciano del zurrón se apresuró á echar pié á tierra y á remover la hojarasca con una vara.

En despecho del placer que experimentaba toda señora noble en esta caza, la vizcondesa de Ventadour no vió sin conmovirse el peligro del ave desgraciada y su desesperada posicion. Los perros escarvaban las hojas con regocijo; el anciano halconero introducía allí su vara con una especie de alegría siniestra, y tan desapiadado como su amo, el halcon se balanceaba encima, con los ojos ardientes, con las garras temblorosas, esperando que obligaran á su presa á abandonar aquel asilo. La alternativa del infeliz animal, que paralizado de terror nó osaba moverse, y que si se libertaba del hombre y de los perros encontraba la muerte diez toesas mas arriba, bajo las garras del halcon, inspiraba una verdadera compasion.

La dama se sobrecogió, y llamando al servidor del zurrón verde:

—Basta, no la quiero; ya sabeis que yo no quiero...

—¿Señora?... dijo el halconero como si no hubiese oído.

—Dejad esa perdiz y reclamad el halcon.

El maldecido vejete hizo semblante de obedecer, pero empleó tanta lentitud en buscar su cuerda, que los perros llegaron hasta donde estaba la perdiz y la desalojaron de aquel sitio. Entre dos muertes, escogiendo la mas lenta, partió como una flecha. Desgraciadamente el halcon, advertido por los gritos del viejo halconero, la habia apercibido. Por rápida que fué la fuga, la persecucion fué mas viva todavía, y despues de haber dado algunas vueltas inútiles por el aire, cayó desconcertada por el choque del halcon no lejos de allí. Roja de emocion, la vizcondesa se lanzó allí tan bruscamente con su caballo, que tuvo tiempo de ser testigo de una escena bastante singular. Algunos vasallos almorzaban sentados sobre la yerba, y parecían animar con sus gritos á un niño de unos doce años, que se entreveía por detrás de los juncos. Este niño de figura encantadora, y cuyos ojos brillaban de cólera, habia cogido la perdiz ensangrentada y casi muerta, y sosteniéndola con una mano contra su seno, rechazaba con la otra al encarnizado halcon que revoloteaba en su derredor para cogerla.

A la vista de la vizcondesa los vasallos se levantaron confusos, el halconero consiguió coger al halcon, y los caballeros preguntaban á la noble castellana lo que miraba con tanto interés. La vizcondesa señaló al niño que tenia orgullosamente la perdiz como si hubiera querido disputarla á su señor. El primer movimiento del vizconde fué llamarle con aquel acento rudo y feudal que helaba de espanto á los vasallos; pero á un signo de su señora, la concedió cortésmente la palabra é hizo retroceder á su caballo.

Adelaida de Ventadour merecia esta deferencia; hija del rico Guillermo VI, señor de Montpellier, habia llevado en dote á su esposo, Ebles III, cien marcos de plata, hermosos vestidos, dos tazas de plata que pesaban seis marcos, y el corcel árabe que ella guiaba con tanta gracia. Así, para hacerla subir al dosel señorial del castillo de Ventadour, Ebles habia repudiado á su primera muger, Margarita de Turena, de la cual era pariente lejano, lo que motivó sus escrúpulos cuando conoció á Adelaida. Como estaba todavía bajo el encanto de su nuevo matrimonio, escuchaba á

su dama, como los jóvenes clérigos de Dalon escuchaban al viejo religioso de barba blanca que les enseñaba el canto llano; sus deseos eran leyes, y le bastaba querer para poder. Interrumpió, pues, al vizconde, é hizo señas al niño para que se aproximara.

—¿Quieres darme tu perdiz, por esta malla de oro? dijo con voz dulce.

—No, respondió atrevidamente el niño.

—¿Y por qué?

—Porque vos la entregareis al halcón.

—¿Y si te la dejo, querrás venirte conmigo?

—¡No!...

—¿No querrás seguirme?

—No, vos sois mala... hacedis llorar á mi madrina.

—¿Como se llama tu madrina?

—Señora Margarita.

A esta palabra intervino el vizconde, y lanzando su caballo hacía delante, á pesar de los ruegos de su dama, preguntó rudamente á los vasallos que reconocía como suyos, quien les había permitido salir de su territorio... Ellos respondieron con la audacia de gentes protegidas por un poder superior; pues á pesar de sus férreas costumbres, el feudalismo, brutal espresion de la fuerza física, se doblegaba delante de la iglesia, espresion de la fuerza de las ideas; le respondieron, que acababan de hacer una peregrinacion á Rocamadour, para dar gracias al santo de haber cumplido sus votos del año anterior. El vizconde no quiso entonces saber mas que el nombre del padre del niño, que se había familiarizado con la castellana á punto de coger la perdiz sangrienta, sin asustarse de los movimientos de impaciencia del caballo. Cuando el marido volvió á colocarse en su sitio, las primeras palabras que ella le dijo fueron estas:

—Ebles, ¿puedo yo pedir os una gracia?

—¡Si, señor! y si es posible, tenedla por otorgada.

—¿Sabeis de quien es este niño?

—De un servidor llamado Bernard.

—¿Sabeis lo que yo quisiera si tiene una numerosa familia? pedirle este niño y educarle como si fuese hijo mio, hasta que Dios me haga madre.

—Sea vuestro deseo el mio, dijo Ebles inclinándose graciosamente.

El joven Bernard recibió en el castillo de Ventadour, la brillante educacion destinada á los donceles de la época. Un monje de la abadia de Dalon le enseñó sucesivamente á hablar el latin, á razonar, á pensar, á argumentar, á sofisticar y á confundir diestramente al adversario por la dialéctica, y á adornar sus discursos con hermosas frases de retórica. Le enseñó ademas la cuádruple ciencia de los números, los cuatro tonos mayores y los cuatro tonos menores de la música, y le hizo tan sabio, que cuando tuvo diez y seis años se hizo trovador.

Uniendo desde entonces á su nombre el de la señora del vizconde, Bernard llega á ser querido de los grandes, estimado de las damas, y popular en el Loira de los Piri-neos por sus canciones.

Un acontecimiento tan singular como el punto de partida de su carrera, señaló el término de ella.

Cuarenta años despues, dia por dia, Bernard, con los cabellos argentados por la edad, miraba una tapicería sobre la cual Alix, duquesa de Normandía, había trazado con extraña fidelidad la caza del halcón de Rocamadour. Murmuraba viendo los paisajes de su suelo natal estos versos:

Cuando la brisa murmura
sobre mi suelo natal,
yo aspiro, mi amor lo jura,
su perfume celestial.

En este momento apareció un escudero en la galería de los cristales pintados, que traía dos cartas.

La una era para la duquesa de Alix, y le anunciaba que Ricardo Corazon de Leon, al cual estaba prometida, iba á casarse con una princesa de Castilla.

La otra, sellada con cera negra, hacía saber á Bernard la muerte de su fiel amigo el valiente conde de Tolosa.

Heridos ambos de un golpe terrible, tomaron la misma resolucion. Alix cubrió con el velo de Fontevraul aquella frente despojada de la corona, y Bernard, fué á llamar, sin volver la cabeza hacia el mundo, á la puerta de la abadia de Dalon, puerto y refugio de todas las vanidades y de todos los infortunios del siglo.

M. L.

PASION Y MUERTE DE JESUCRISTO (1).

La pasion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo forman un drama que, mas que ninguna otra cosa en el mundo, conmueve el alma y la imaginacion. ¿Qué suceso, qué espectáculo podríamos comparar jamás á aquel cuadro de una sublimidad tan solemne, de un carácter tan inaudito, de un interés tan universal, que nos representa á un Dios

que ha venido en medio de los hombres para enseñarles la verdad, y que se somete al último suplicio para borrar las iniquidades de todos los siglos! ¿No es esto una epopeya humana; nada semejante á esto hubiera podido inventar el genio; una obra así es de invencion divina, y cuando la musa de la tierra (1) ha cantado esta consumacion de un pensamiento del Eterno, cuán suaves, cuán magestuosos han sido sus acentos!...

Vivo dura en nuestra alma el recuerdo de las horas que hemos pasado debajo de los olivos de Getsemaní, donde Je-

(1) El presente artículo está tomado de la excelente obra de Mr. Poujoulat, titulada *Historia de Jerusalem*, desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días, que, traducida y anotada por el conocido escritor don Eugenio de Ochoa, vamos á publicar, haciendo de ella una magnífica edicion de gran lujo con 24 finísimas láminas en acero aparte del texto, grabadas y estampadas en Paris. Recomendamos la lectura del prospecto, que se reparte con el presente número del MUSEO.

(1) Klopstock.

sus meditaba, oraba y padecía viendo los crímenes de los tiempos que fueron y de los que serán, donde el Mesías pedía á su Padre que apartase el cáliz de él. ¡Por la mas terrible de sus sentencias, el Padre, formidable juez, condenaba dolorosamente á su Hijo á la muerte!

Allí, en aquel rincón de la tierra eternamente sagrado, nos hemos sumergido en profundas meditaciones ante la imagen de la agonía de Jesús: su divino rostro y todo su cuerpo estaban inundados de anchas gotas de sangre; veía el infierno entre su Padre y él, y el infierno no podía desaparecer sino con su muerte. Judas, que ha recibido anticipado el precio de su crimen, vende á su Maestro: Caifás y los sacerdotes han condenado á Jesús á muerte porque se ha denominado el Hijo de Dios. Para la ejecución de su sentencia necesitan la autorización romana: Poncio Pilato, sucesor de Valerio Graco en el gobierno de la Judea, no considera á Jesús culpable, y como el Hijo de María es galileo, le remite ante el tetrarca Herodes, quien se limita á ultrajarle y no le condena, pero los furiosos del infierno han penetrado en el alma de la muchedumbre de Jerusalén, y no bastándole que Jesús haya sido cruelmente azotado y entregado á todos los insultos del pretorio, le prefiere á un bandido llamado Barrabás, y Poncio Pilato, después de haberse lavado las manos para protestar de su inocencia á la usanza de los hebreos, abandona cobardemente á Jesús, á quien el populacho quiere crucificar. Una inscripción en hebreo, en griego y en latín, clavada sobre el infame patíbulo, da á la víctima el título de *rey de los judíos*, título que sostiene el gobernador de Judea á pesar de las reclamaciones de los pontífices: Poncio Pilato, atormentado por un sueño de su muger, y presintiendo ya tal vez al Dios quiere de esta suerte imprimir un nuevo padron de ignominia en la feroz injusticia de los judíos (1). El divino Crucifi-

cado se hace oír, pide á su Padre el perdón de sus verdugos, y prorrumpe en una queja que, mil años antes, había salido de los labios del Rey-profeta: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?*

Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios también, igual á su Padre en la eternidad, es clavado en una cruz, y el Calvario, la montaña de los ajusticiados, se enrojece con su sangre!

Luego todo queda consumado. ¡Dios ha muerto! Estas tres palabras sacuden violentamente la imaginación, y la lanzan en no sé cual órden de ideas; pero ¿qué debe pasar en aquel momento entre los ángeles y entre los hombres, en las radiantes regiones del em-

pireo, y en esta región de la tierra, dada á los hijos de Adán para su posada de un día? Armaos de todo el poder de vuestra inteligencia, y fortaleced vuestra mirada para que no se turbe ante el espectáculo de la creación en el momento en que espira el Criador. Los ángeles están prevenidos de los designios de Dios, pero á la hora en que el Mesías sufre y muere, un invencible terror se apodera de ellos, un profundo dolor los agita, y lloran, ellos que nunca han llorado, y sus cerúleas alas se replegan bajo un soplo de muerte que pasa. Enmudecen los cantos de los serafines, aflojándose las cuerdas de las arpas celestiales; si de cuando en cuando se interrumpe el silencio de las armoniosas falanges, es porque cruzan el aire lúgubres notas. Por un momento el cielo está vacío, vacío por la ausencia de un Dios inmolado, y las legiones inmortales tienden sus tristes miradas hacia el punto de nuestro



ECCE HOMO.

globo donde se ha levantado la cruz. Los astros se han velado, los orbes, parados de súbito por un inmenso terror, han suspendido su marcha en aquellos caminos que seguían invariablemente desde el primer albor de la creación; vense heridos de inmovilidad, como unos caminantes á quienes en su viaje hubiera súbitamente helado de espanto la vista de un gran crimen.

Y ahora, mentalmente, contemplemos á la tierra en el momento en que sucumbe su Rey; una negra noche invade el espacio; la inmensidad yace en tinieblas, como antes del instante en que fué hecha la luz; nuestro globo se cimbréa

(1) Mr. Dupin mayor publicó en 1828 un folleto titulado: *Jesús delante de Caifás y de Pilato, ó Refutación de un capítulo de la historia de las instituciones de Moisés*, por M. Salvador, en el que encerrándose, según declara el autor, en la tesis del derecho y de la ley, procura demostrar que la sentencia de muerte de Jesucristo fué una violación de los derechos y de las formas judiciales de aquella época.

como si acabara de perder su punto de apoyo; las selvas se agitan, y funebres murmullos salen de sus profundos senos: se agosta la yerba de las colinas, perecen las plantas y las flores, gime el ave, y las fieras rugen en sus cavernas: sécase la urna de los ríos, sus olas se deslizan sin renovarse, y los embravecidos mares lanzan en sus bramidos imprecaciones contra el hombre, y amenazan sumergir por segunda vez á la tierra, culpable del asesinato de su Mesías. A aquella hora, el espíritu del mal cantaba victoria en este mundo; entonces, ni se verificó una buena acción, ni nació en ningún pecho una inspiración noble, ni penetró en el hombre una sola impresión de ventura; no hubiera podido hallarse una solamente con un gran pensamiento; en aquella hora única, entre las horas que componen el tiempo, no hubo ni virtud, ni genio. Una turbación desconocida se había apoderado de la familia humana en todas las regiones donde vivían humanos: todas las cosas habían palidecido ó gemían en la naturaleza y en el mundo moral; las almas estaban vacías, las inteligencias solitarias é infecundas, y en la inmensa creación, no había mas que tinieblas, lágrimas y suspiros.

Ahora, si la imaginación contempla el Gólgota al trasluz de las tradiciones bíblicas, ¡qué tierno é imponente espectáculo descubrirá alrededor de la cruz ensangrentada! Representémonos á Adán, el progenitor de los humanos, el gefe de la raza caída, el proscrito del Eden primitivo, el antiguo culpable por quien entró la muerte en el mundo, prosternado al pie de aquella cruz, de donde descienden la vida y el perdón para su descendencia redimida! Veamos apiñarse sobre la montaña de la Redención las piadosas y grandes figuras de la ley primera. Todos aquellos patriarcas, aquellos augustos personajes habían estado aguardando á las puertas del cielo la venida del Salvador prometido, semejantes á aquellos peregrinos de la edad media que, demasiado pobres para pagar su entrada en la ciudad santa, aguardaban la llegada de algún príncipe que les abriese las puertas de aquella Jerusalén, por la cual habían suspirado tanto. Abel, la primera víctima humana, símbolo pro-

fético de la inmolación de Cristo; Abraham, Isaac, Jacob y José, Moisés, Josué, David y Salomón, Isaías, Ezequiel y Daniel, los reyes y los sabios, los profetas y los defensores de Israel; las nobles mugeres que se nos aparecen en la poética lontananza de las Santas Escrituras; Sara, Raquel, Rebeca, toda aquella radiante falange que precedió al Mesías en el camino de Sion, se precipita al encuentro de su libertador.

Entre aquellos representantes de una antigüedad religiosa, ¡qué mezcla de estremecimiento y de sorpresa! Ya tocan la posesión del verdadero reino de Dios, pero el rostro de aquellos cautivos, ya en libertad, se anubla á la vista de lo que han costado!

Aun al lado de las cosas divinas, es interesante estudiar los sentimientos humanos. Muchas veces he pensado en la dolorosa situación de los amigos de Jesús después de la inmolación del Maestro, y ya una vez cerrada su sepultura: imaginémonos las escenas de aflicción alrededor del hogar doméstico, la amargura de los que acababan de caer súbitamente en un completo abandono. No penetraremos en los misterios de dolor que se agitan en el corazón de María; quebrantada por los padecimientos, los ojos llenos de lágrimas, se aleja del Calvario, sostenida por el discípulo querido á quien había sido recomendada desde lo alto de los cielos, y se encamina penosamente á su humilde morada, en el harrio mas pobre de Jerusalén. María á lo menos hallaba consuelos en el conocimiento mas profundo que tenía de la divinidad de su Hijo; pero ¿cómo pintar la desola-



MATER DOLOROSA.

ción de los discípulos que, aunque groseros todavía, comprendían débilmente las inmortales esperanzas? Simon Pedro, los dos Santiagos, Andrés Cleofás, Bartolomé, siguen lentamente á la Madre del divino muerto: el último consuelo de aquellos piadosos desamparados consiste en mezclar sus lágrimas. ¡Qué página aquella en que hubiéramos hallado las palabras que se dijeron bajo el techo de María en la tarde de la crucifixión de su Hijo! ¡Qué página la que contuviese la relación de aquellas lágrimas, de aquellos sollozos, que era preciso reprimir, sin embargo, en aquella ciudad enemiga, en medio de una población amenazadora! La vista

del sitio donde Jesús acostumbraba á sentarse en la casa materna, aumentaba el dolor de sus amigos solitarios. ¡Cuán tenebrosa, cuán larga fué para ellos aquella noche! Sus ojos permanecieron abiertos durante el primer sueño de Jerusalén deicida. ¡Qué de amargura, de ansiedad, de terror! El glorioso porvenir del Mesías estaba medio cerrado para su espíritu: los discípulos le habían oído decir que rompería la losa de su sepulcro, pero después de haberle visto clavado en el ignominioso madero, su alma batallaba en una horrible mezcla de pena, de duda y de terror. ¿Qué iba á ser de ellos? ¿en qué rincón de la tierra tendrían que ocultar su miseria? ¿en qué lejano destierro sepultarían su desesperación? Jamás huérfanos algunos cayeron desde mayor altura, tuvieron más lágrimas que derramar alrededor de un ataúd, que los discípulos después de la violenta desaparición de aquel cuyas palabras y cuyas miradas esparcían tanto amor, tantos consuelos y tanta luz! Todos tenemos la medida del vacío que deja en nosotros la pérdida de un amigo sobre la tierra; pero cuando ése amigo es un Dios y ya no le vemos, al punto se forma un horrible vacío semejante al de la eterna noche.

Para completar la indicación de los dolores privados y ocultos que siguieron en Jerusalén al suplicio del Divino Maestro, entremos en aquella casa de Betania donde el Hijo de María gustaba de detenerse, y hallaremos á tres de los mejores amigos de Jesús, Marta, Magdalena y su hermano Lázaro: los tres lloran y se lamentan desde que le han visto conducido á la carnicería como un cordero, desde que han visto al más hermoso, al más sublime, al más virtuoso de los hijos de los hombres sucumbir sin murmurar á los tiros de una atroz iniquidad. ¡Ya está, decían, ya está encerrado en la cárcel de la muerte! ya no le volveremos á ver, viniendo de Jerusalén ó de Jericó, seguir el sendero de Betania y pasar por en medio de nuestros campos como una radiante bendición. Al acercarse él, nuestros olivos y nuestras higueras inclinaban sus ramas, nuestros arbustos se tornaban más lozanos, nuestras flores tenían más brillo y más perfume, los pajarillos de las enramadas eran más melodiosos, y la brisa que baja de la montaña de los Olivos parecía como que suspiraba un cántico en derredor de nosotros. ¡Oh! ¡cuán pálidos, mudos y desiertos están hoy nuestros campos! ¡Ya no volveremos á ver á nuestro divino amigo cruzar el dintel de nuestra morada con una sonrisa más dulce que el primer albor de la mañana, sentarse en medio de nosotros y participar de nuestro pan! ¡Nuestros oídos no se volverán más á abrir á aquel lenguaje que no se parecía á ningún otro lenguaje, y que derramaba en nuestras almas la vida, la esperanza y la paz! Siempre ya la tristeza y la soledad habitarán bajo este techo que no volverá á iluminarse con su presencia, que no volverá á oír el sonido de su voz. Nuestra morada será más sombría que el peñasco en cuyas entrañas han labrado su fúnebre prisión. ¡Ah! ¡ojala estuviésemos encerrados con él! ¡La noche de su sepulcro sería mejor para nuestros corazones que la luz del día en este universo donde él no está!

Tales eran sin duda los lamentos de la casa de Betania, casa bendita donde pasaron las escenas más suaves del Evangelio, y cuyo solar busca hoy todavía con afán el peregrino. Es de creer que Lázaro consolara á sus hermanas, dándoles á entender que aun había esperanza, porque en efecto ¿cómo era posible que el resucitado de Beta-

nia creyese que aquel cuya voz había tenido poder bastante para despertar á los muertos, había de quedar para siempre aherrojado en los lazos de la muerte?

No hay en la historia del mundo un espacio de tiempo tan solemne como el que pasó en su sepulcro el Hijo de María; el universo moral parece como suspenso; la verdad, en cierto modo, no existe todavía para los hombres; espera un postrer testimonio. Los gérmenes dejados por la palabra de Cristo en el camino de Galilea y de Judea, están amenazados de una eterna inmovilidad; el miedo ha dispersado á los discípulos: Mateo y Cleofás departen con tristeza en el camino de Emmaus; las predicaciones de Jesús, destinadas á cambiar la faz del mundo, acaban de morir tal vez al pie del peñasco sepulcral; aquella sepultura nueva, en la que José de Arimatía ha querido enterrar el cuerpo del Nazareno, aquel lecho de muerte labrado en el rincón de un huertecillo á corta distancia del Calvario, tiene el secreto de la inmensa revolución moral que va á abrir al linaje humano nuevos caminos; pero, al tercer día, cuando el Divino Maestro se levantó del fondo de su sepulcro como un héroe que se escapa victorioso de los brazos de un enemigo, la verdad resplandecía sobre el mundo como el sol en el cenit del cielo.

Jesús resucitado se mostró á los apóstoles, á sus amigos, á quinientos fieles en Galilea; todos los que habían creído en él antes de su muerte se encendieron en amor y entusiasmo por su doctrina. En su paso por el sepulcro, parecía que Cristo había dejado en él algo de su naturaleza humana; parte el pan con los dos discípulos de Emmaus, pero pronto se desvanece ante sus ojos (1); da pan y pescado á sus discípulos en la orilla del lago de Genesaret; pregunta á Simón Pedro si le ama y le pide que apaciente sus corderos y sus ovejas, y luego se sustrae á las miradas de sus apóstoles. Durante los cuarenta días que siguen á su resurrección, su residencia en Judea no es más que una serie de apariciones fugaces; la existencia de Jesús está, por decirlo así, flotante entre la tierra y el cielo, y como si, después de su inmensa victoria sobre la muerte, se hubiese revestido de demasiada gloria para conservar las formas mortales, solo el Dios quedaba en él.

Desde aquella época en adelante no se sabe con certeza cual fué el destino de la Madre del Salvador; los cuatro evangelistas nada dicen de ella. No obstante su silencio, puede creerse que María fué una de las primeras amigas de Jesús en reconocerle después de su salida del sepulcro, y que en el momento de la gloriosa ascension fué la que por más tiempo siguió con los ojos á Cristo remontándose á la eterna morada. Según tradiciones inseguras, pero dignas de respeto, la Virgen, huyendo de la persecución, se retiró á Efeso, acompañada del discípulo predilecto y de Magdalena, y pasó muchos años en los países de la Jonia, todos poblados de dioses condenados á la ruina por su Hijo crucificado en el Gólgota. Si María fué á morir á Jerusalén, se embarcaba probablemente en la orilla donde Esmirna ostenta hoy sus alminares y sus cúpulas, descansando tal vez de paso, á la sombra de los sauces del Meleso, padre de Homero. En su travesía por los mares de la Grecia, vió las islas de Chio, de Lesbos, de Cos, de Delos, de Rodas y de Chipre. A la vista de Patmos, Juan, el fiel compañero de María, no pen-

(1) San Lucas, XXIV, 31.

saba que andando el tiempo se vería proscrito en aquella pálida roca del Archipiélago, por sentencia de un emperador romano. Cuentan algunas piadosas tradiciones que la Virgen no se quedó en las tinieblas del sepulcro, y que los ángeles se llevaron al cielo sus despojos. En la parte septentrional del valle de Josafat, hemos visitado un vasto subterráneo que se denomina el *Sepulcro de la Virgen*; allí, como ya hemos dicho, se depositaron en las entrañas de la roca los restos de Ana y de Joaquín; allí también, añaden, fué sepultado el cuerpo de su hija. Si es cierto que los despojos de María no se conservan en la tierra, Jerusalén posee dos sepulturas que nada tendrán que devolver en el último día del universo. Después de haber seguido á la Virgen en Nazaret, en Belén, en el Egipto, en el Calvario y en su vida errante y pobre por los campos de la Jonia, es dulce oír su nombre invocado en todas las lenguas de la tierra; es grato al alma ver el cumplimiento de sus propias palabras, cuando decía en su himno: *Todas las naciones me proclamarán feliz*; y la campana del *Ave María*, que tres veces diariamente saluda á la reina de los ángeles, toma entonces un carácter más sublime y patético.

¿Qué no tendríamos que decir de Cristo, si salvando súbitamente los siglos, pasásemos de su humilde vida bosquejada en algunas rápidas páginas á ese imperio universal y glorioso conquistado con su cruz, algún día instrumento de oprobio? Su dominación establecida sobre las ruinas de todo lo que fué grande, sus alabanzas cantadas en

el Ocaso y en la Aurora, en el Septentrion y en el Mediodía; la oración que enseñó á algunos discípulos repetida todos los días donde quiera que hay hombres; el mundo libre y mejor por la fuerza de su ley, convertida en condición de vida para las sociedades... ¡qué espectáculo tan maravilloso y qué obra tan inmensa! Vanamente hablan hoy algunos del fin del reinado de Jesucristo y de las exequias funerales de la antigua fé; vanamente intentan poner en lugar del Dios siempre permanente nuevos dioses que se desmoronan unos sobre otros y se precipitan en un mismo polvo; no por eso ha cesado de resplandecer el altar de la redención; no por eso dejan de inundar las bóvedas del templo, los perfumes de la oración. Terribles han sido los estragos del huracán en el campo de las creencias, pero todavía florecen almas, y grandes almas bajo el rocío de las santas inspiraciones. Nuestro mundo moral se ofrece á nosotros como aquella densa selva de que nos habla el Homero de la Alemania, que ondeaba en las vertientes de una larga cordillera de montañas; una pérfida mano ha depositado en ella un hachón encendido; los árboles muertos se han incendiado los primeros; luego la llama ha devorado á aquellos cuya savia era menos abundante: cuando se ha atajado, el verde manto de las montañas no era más que un montón de ceniza, pero ¡honra y gloria á los grandes cedros que han quedado en pie, y que levantan sus magestuosas copas hasta las nubes teñidas todavía con los reflejos del incendio!

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UN VECINO ESTRAVAGANTE.

Sin ser un Labruyere todo el mundo tiene á sus ojos seres bastante originales, cuyos retratos al daguerreotipo pueden suministrar al lector materiales de novedad y de reflexión. Yo he *fotografiado* los individuos de mi vecindad, y deseo que diviertan á mis lectores más que me han divertido á mí. He procurado variar sus nombres, sin cambiar sus principales rasgos característicos. ¿Llegarán por esto á ser conocidos? Lo dudo; si llegan á ser conocidos acaso tenga que sentir.

El hecho es, que don Gabriel de Quiñones y Pantoja, vive en el cuarto que está encima del mío. Este personaje, algo estravagante por cierto, cuenta cincuenta primaveras. Es soltero, rico, disfruta de mucha salud, está bien considerado en la sociedad, es instruido, y algunas veces es hasta ingenioso; es amable cuando quiere serlo, y de vez en cuando jovial; tiene amigos que le aprecian... en una palabra, todo el mundo envidia su suerte.

Sin embargo, el señor don Gabriel de Quiñones y Pantoja se cree el más desgraciado de los mortales. ¿Y por qué? ¿Qué razones tiene para semejante suposición? Voy á decirlo todo. Este hombre se cree desgraciado, porque es demasiado grueso.

No puede mirar á su ayuda de cámara que pesa setenta y cinco libras, sin acordarse con dolor que él pesa trescientas, muy largas de talle. Cuando alguno le felicita admirado por la buena salud que disfruta, no contesta y vuelve la espalda haciendo un gesto de desagrado.

Sería su placer más cumplido arrojarle á los pies de una hermosa joven que le encontrase *pálido*; esto sería para él el sinónimo de *interesante*. Pero, ¿cómo interesar del modo en que el pobre se halla?... ¿Cómo interesar á una mujer sensible, teniendo don Gabriel nada menos que tres metros de circunferencia?

Con el mayor contento del mundo, con el más vivo entusiasmo, pagó días pasados á un pintor tres mil ducados, porque le había retratado, porque le había sacado parecido reduciéndole la mitad de su volumen.

Hé aquí por qué yo le he conocido. Habíamos comido juntos en casa de un amigo de entrambos. Después del café, don Gabriel de Quiñones y Pantoja me condujo misteriosamente á uno de los ángulos del salón, y me estuvo hablando dos horas de seguido—no importa saber de qué—teniéndome de pie todo este tiempo y gesticulando con la mayor vehemencia; después sin esperar á que yo le contestara, partió de allí para andar una legua á pie recorriendo todas las calles de Madrid, y prefiriendo las que tenían cuevas. El anfitrión me explicó este enigma.

El señor don Gabriel de Quiñones y Pantoja, aspira á la

delgadez, como una coqueta aspira á sus trofeos, como un pretendiente al trono, como un poeta á la inmortalidad. La delgadez constituye el hermoso ideal de todos sus ensueños; suspira á cada momento por el logro de esta envidiable felicidad.

El día en que su vientre le permite ver sus rodillas, baila de contento y cree que es el día mas venturoso de su vida.

Pues bien; está convencido de que una buena comida le engordaría demasiado si no hablase despues dos horas sin descanso levantándose de la mesa para acelerar la digestión. Este día me cogió á mí como podía haber cogido á otro

en la acción, como los caballos de batalla, procura que le acompañen con una pandereta, con un violín, ó con un tambor de Noche Buena... Pero desgraciadamente, la última vez que se ha pesado en la lonja mas inmediata á nuestra casa, (lo que verifica exactamente cada semana) su peso había disminuido cuatro adarmes, de modo, que una esperanza delirante le hace prolongar sus conciertos hasta la madrugada.

El mes último, ninguno de los inquilinos de la casa podían cerrar los ojos, y se vieron precisados á invadir su residencia para indicarle en su mismo reloj, que la aguja señalaba las dos y media de la mañana.



Don Gabriel de Quiñones y Pantoja en sus ejercicios musicales.

desgraciado... á manera de té negro ó de pastillas digestivas.

Despues que trascurrieron tres meses, habiendo encontrado ineficaz este ejercicio, substituyó á el un tratamiento mas heróico... esto es, el de los instrumentos de viento; instrumentos que tocaba siempre despues de haber comido.

¡Ay!... ya he dicho á mis amados lectores, que don Gabriel de Quiñones y Pantoja, vive en el cuarto que está situado encima del mio! A las ocho en punto oigo una tormenta musical que aturde toda la casa... Es mi vecino que pretende adelgazar tocando la trompa ú otro género de instrumentos análogos que producen el efecto mas desagradable é inarmónico que puede considerarse. Para animarse

Yo he obrado mas diplomáticamente; he sobornado al dueño de la lonja de ultramarinos para que pesando á don Gabriel, le haga creer que en vez de adelgazar, cada vez engorda mas... Es el único medio que he podido encontrar, para poder dormir tranquilamente en mi casa.

Yo me entristezco con la idea de que este artículo llegará á las manos de mi gordo vecino; me pedirá razones, y en un principio, me verá obligado á desmentir antes que vuelva á adoptar los instrumentos de viento, como medio eficaz á su aspirada delgadez. ¡Dios mio! puesto que tanto lo desea, poned flaco á mi vecino don Gabriel de Quiñones y Pantoja.

UN FOTÓGRAFO.

EL BOJ QUE HABLA.

LEYENDA DE LA FESTIVIDAD DEL DOMINGO DE RAMOS.



Los ramos en Jerusalem,—en la procesion,—en la cuna,—en el lecho mortuario.

En Alemania, país de la leyenda, vivía hace pocos años un barón de Kerler, doctor *in utroque jure*, católico de nacimiento, pero escéptico por educación, que manifestaba el mayor desprecio á las imágenes, y á las ceremonias del culto. Se reía de las virgencitas de madera que adornan las casas góticas, y sobre todo de las ofrendas que con piadoso candor depositan los fieles en sus nichos.

Con mucho gusto habría apagado con su frío aliento las

velas que ardían delante de los patronos, de los santos sepulcros, y en derredor de las reliquias de los bienaventurados.

Cuando encontraba una procesion, se paraba con una sonrisa irónica, y sin bajar la cabeza, veía pasar las cruces y los estandartes, el clero y los fieles.

Su incredulidad provenía de su ignorancia y de su orgullo, como todas las incredulidades.

Tomo XII.

9

Dios se dignó un día curarle, instruyéndole y humillándole, y confió esa grande misión á un pequeño instrumento, á Carlota Hermann, jovencita sobrina del baron.

Carlota era un ángel de doce años, todavía mas linda que su edad, mas modesta que hermosa, y mas piadosa que modesta.

Había recibido la primera comunión el año anterior, y plenamente imbuida de las humildes lecciones del catecismo, sabía mucho mas que el doctor Kerter en cuanto á las materias profundas y delicadas de la religion. Lo probó hasta la evidencia, y he aqui de que modo.

La mañana del Domingo de Ramos, Carlota se preparaba para ir con su madre á misa y á la procesion. Entró el baron de Kerler, y regaló un ramillete á su sobrinita á la cual adoraba, porque en el fondo era de corazón generoso, y al ver los religiosos preparativos de las dos mugeres, comenzó á burlarse, segun su costumbre, de lo que el llamaba su supersticion.

Su ironía no respetó ni aun la tierna edad de la asombrada niña, á pesar del terror de la cristiana madre, y del consejo del poeta pagano:

Ne teneros pueri.... contempseris annos.

Pero con grande sorpresa suya, Carlota le hizo frente, y le confundió con su ciencia y su lógica elementales.

—Tio mio, le dijo con un desembarazo encantador, me habeis enseñado que un filósofo antiguo probó el movimiento comenzando á andar.... pues venid con nosotras á la procesion, y me encargo de obrar como aquel filósofo.

Kerler, por única respuesta se sonrió y besó en la frente á la docta niña. La vió tomar de la cabecera de su cama, de todos sus muebles, y de los rincones de la habitacion, los ramos, benditos del año anterior, y quemarlos con recogimiento, por temor de que no los contaminase una mano profana, cuando los ramos nuevos los reemplazasen en la custodia de la habitacion. Al mismo tiempo que ejecutaba aquella operacion, se la explicaba al baron que continuaba riéndose.

Pero notó que la jóven no habia quemado todos los ramos, pues dejaba sobre la cabecera de su lecho el mas viejo y el mas seco.

—Carlota, la dijo, olvidas una víctima en tu auto de fé, y sustraes de la hoguera el ramo que arderia mejor.

—Si creéis que me divierto con un fuego de muñecas, respondió Carlota con mucha seriedad, os equivocais, señor doctor... No quemaria ese ramo viejo por toda vuestra ciencia... Es un legado que me hizo mi abuela al morir; me ha referido su interesante historia, y aun me la entregó escrita por su propia mano. Todos los leñadores de la Selva Negra os la repetirian haciendo la señal de la cruz. Esa rama sagrada es una de las del *boj que habla*...

El baron no pudo contenerse y prorumpió en una carcajada.

—¡Por Dios! exclamó, tenia noticia del bosque que anda, de que nos habla Shakspeare... pero ignoraba completamente que hubiese un *boj que habla*. Tendria mucha complacencia en saber que era lo que podia decir.

Y alargando la mano á la rama seca, de la cual pendian todavía dos ó tres hojas amarillentas, la arrancó de la pirlilla en que estaba colocada, y se puso á hacerla girar irreverentemente entre sus dedos.

—¡Hermano mio! gritó la madre de Carlota llena de indignacion.

—¡Deteneos, tio mio! añadió la niña pálida y con un terror sincero: ese ramo se encenderá por si mismo, y os quemará como á un condenado, si os atreveis á arrojarle á las llamas con una intencion impia.

—Bien fácil es de ver, contestó el baron riéndose cada vez con mas fuerza, y haciendo el ademan de arrojar la rama en el hogar de la chimenea. Pero aunque aquel movimiento no era quizá mas que una prueba, la madre y la hija le habian detenido ya la mano, y Carlota, volviéndose á apoderar del sagrado boj, murmuraba mirándole con consternacion: ¿será acaso el doctor Kerler.... como el *consejero Ralph*?

—¿El *consejero Ralph*? replicó el baron con tono mas reservado, porque una mirada de su hermana le hizo comprender al fin lo poco meditado y conveniente de su conducta, pues bien, sobrinita, cuéntame la historieta del *consejero Ralph*; porque adivino que será una leyenda, y no solo te pediré perdon, sino que haré todo lo posible por creer tu narracion.

La madre queria que la jóven se negase, pero Carlota, alentada por una voz del cielo, sacó de un cajoncito el manuscrito de su abuela, y besándole con el mayor respeto, le leyó á su tio con voz clara y solemne acento.

El doctor no pudo escuchar sin conmovirse aquel secreto de un sepulcro confiado á una cuna, y aquella leccion de una abuela transmitida por una niña.

Quizá nuestros lectores la oirán tal vez con interés.

EL BOJ QUE HABLA.

El *consejero Ralph* era un hombre misterioso cuyo origen nadie conocia. Llegó á Leipsick, no se sabe de donde, desaparecia sin decir por qué y volvía á presentarse sin que nadie trasluciese de que manera.

Tenia cuarenta años y no envejecia.

Sus largos bigotes, su mirada sombría, y su eterno traje negro causaban miedo á los niños: pero su generosidad le hacia querer de los pobres, á quienes colmaba de limosnas.

Porque su carácter era tan dulce y apacible, como parecia terrible su persona.

Poseedor de una fortuna desconocida, pero mas rico con una ciencia infinita, pasaba las noches hojeando los libros, y los dias distribuyendo el pan del cuerpo y el alimento del espiritu.

—Como vos, tio mio, añadió Carlota...

El baron volvió á sonreirse, pero entonces no dijo nada.

La palabra del *consejero* no tenia mas defecto que el de secarlo todo, se adheria á las flores de las creencias, para marchitarlas como un rayo del sol del medio dia, ó abrasarlas como el viento del norte. Porque el calor de su elocuencia, y el hielo de su ironía se encaminaban á un mismo objeto.

Cuando alguno tenia la desgracia de escucharle, ya no podia volver á su estado normal sino con el rocío de las lágrimas ó de la oracion.

Se burlaba sobre todo del culto exterior, de las festividades cristianas, de las imágenes, de las velas, y de los ramos benditos.

—Como vos, tio mio, volvió á añadir Carlota.

El baron ya no se sonreia.

Un día de cuaresma, el mismo día del Hossanna, el consejero se encontró después de celebrada la misa, con una familia que regresaba á su casa con los ramos benditos, y comenzó á burlarse de los ramos que cada uno colocaba en la cabecera de su cama, sobre su espejo, ó en su reclinatorio...

(Siempre como vos, tío mío).

—Había allí una niña, cuya edad y candorosa fe no respetó tampoco el consejero, y á quien atormentó mas amargamente que á los demás por el enorme ramo que había traído de la procesion.

—(Como vos, hermano mío, dijo la señora de Hermann al oído del doctor).

Kerler se mordió los labios, y procuró asegurarse de que su sobrina no añadía nada al manuscrito... Cuando se convenció de ello murmuró:

—¡Es muy extraño!... y volvió á sentarse en su sillón con aire pensativo.

La joven, que se llamaba Valida, y que apreciaba en mucho su dignidad y su decoro, contuvo las burlas del consejero.

—Estais poseído del demonio, le dijo, y voy á exorcizaros. Y mojando el ramo en agua bendita, arrojó algunas gotas al rostro de Ralph...

Apenas le tocó el agua santa, principió á dar saltos y á gritar, y se puso pálido como un cadáver, de tal modo que Valida, atribuyendo aquellos efectos á la cólera, y asustada de haber avanzado quizá demasiado, dejó caer el ramo y pidió perdón al consejero.

Pero éste, que ya no se ocupaba de ella, y que no miraba ni veía mas que el instrumento de su suplicio, se precipitó con burlona sonrisa sobre el ramo sagrado, le asió con mano contraída y temblorosa, y quiso arrojarle al fuego que ardía en la chimenea.

Pero el ramo en vez de desprenderse de sus dedos, permaneció adherido á ellos, inflamándose por sí solo, y por un doble milagro quemó la mano del impio sin consumirse. Sin embargo, aquello todavía no era nada.

Mientras que Ralph hacia contorsiones y daba alaridos de dolor y desesperacion, y mientras que toda la familia puesta de rodillas imploraba la misericordia divina, una forma blanca y esbelta se desprendió de la llama y del humo del ramo, como se refiere que las dryadas salían en otro tiempo de los árboles en que habitaban.

Pero lejos de asemejarse á una ninfa pagana, la vision recordaba á las vírgenes santas del cristianismo.

Era una joven de una belleza pura, ceñida la frente con una aureola de luz, ojos azules como el cielo hacía el cual dirigia sus miradas, y cabellos largos y rubios que la caían formando ondas sobre una túnica azulada: tenia una antorcha en una mano, y en la otra un libro abierto.

Hizo una seña y se apagó el fuego y Ralph cesó de sufrir.

—¿Quién eres? le preguntó entonces, levantando la cabeza como Satanás aterrado.

—Soy el alma de esa rama que querías destruir, respondió el espectro encantador, con voz dulce y vibrante á la vez.

—¿Y que me quieres?

—Castigarte é instruirte. Escucha la historia de este ramo que desprecias, y avergüénzate en fin de tus blasfemias.

Y con un tono que parecia una salmodia de ángeles, en medio de aquella habitacion iluminada con la aureola de oro, delante de aquella familia arrodillada, y de aquel hom-

bre en pie y con ademan amenazador, la figura celestial prosiguió de esta manera:

—Habitó el árbol de donde fué cortada esa rama, desde el día en que se bendijeron sus vástagos nacientes para la festividad de los Ramos. Podria contarte la historia de todas las ramas que he seguido á la procesion del Hossanna, y á los hogares fieles que han protegido. Pero me limitaré á referirte las aventuras de mis propios tallos, desde hace diez años, por entre las diversas existencias á que han colmado de felicidad.

Mi primer vástago pasó de las manos del sacerdote á las de una madre joven que tenia un niño enfermo. Cuando volvió á su casa el médico la dijo: «Vuestro hijo se halla perdido, pues la ciencia no encuentra remedio para su mal: solo Dios puede salvarle.»

—Pues Dios le salvará, contestó la madre.

Y ató el ramo á la cuna del niño, y oró de rodillas con la elocuencia del alma. Su oracion duró todo el día y toda la noche.

El pequeño enfermo, abandonado de los hombres, se agitaba en su lecho de dolor, y en medio de sus convulsiones, sus débiles manecitas tocaban la rama colocada encima de su cabeza.

Cada vez que tenia lugar aquel contacto, el niño se calmaba y aletargaba de modo, que el fervor de la madre, redoblado por la esperanza, puso en fin el ramo sobre la cama misma, y encima del oprimido corazón de su hijo.

Entonces se fué durmiendo poco á poco completamente, y la enfermera, ánhelante, permaneció hasta la aurora inclinada sobre él, mezclando sus lágrimas con el agua santa de que se hallaba empapado el ramo salvador.

Cuando penetró en la habitacion el primer rayo de sol, pálido y tembloroso al alumbrar aquel cuadro, el niño abrió los ojos, se sonrió, y sacó sus lindas manos fuera de la cuna, como si á los terrores de la víspera hubiese sucedido un sueño tranquilo y apacible.

La madre volvió á colocar el ramo á la cabecera de la camita, y recobró la esperanza que la inspiraba la sonrisa de su hijo.

De repente abrió completamente los párpados, dirigió una mirada en derredor suyo, y un profundo suspiro desahogó su pecho. Para ver si habia pasado su delirio, la madre le alargó una mano, y en ella el ramo sagrado.

El niño, que hacia ya dos semanas que no habia jugado, tomó la ramita verde por un chupador, se sonrió con esa sonrisa angelical que el cielo presta á los niños en la cuna, y agarrando con sus deditos las lustrosas hojas, comenzó á charlar y regocijarse como en los días de su mayor salud.

—Señora, vuestro hijo se ha salvado, dijo un hombre que entró al mismo tiempo en la habitacion: era, el médico...

Mandó que sacasen al niño al aire libre, y al día siguiente renació, como la planta con el calor del sol.

Entonces con su lenguaje sencillo contó que en su último sueño habia visto un ángel que se parecia á su mamá, y que le sacaba de un oscuro abismo alargándole una palma verde.

He aqui cuanto consuelo puede proporcionar al dolor un ramo bendito.

Mi segundo viage me condujo á casa de unos pobres ar-

tesanos: eran diez, escultores en madera, vivían todos juntos, y no tenían trabajo ni pan... Habían empeñado todos sus muebles para vivir, y ya no les quedaba más que una pililla de agua bendita, de marfil, trabajada por su propias manos, y que protegía sus miserables lechos.

El decano me colocó sobre aquella pililla, diciendo:

—He aquí nuestro último recurso: ¿será el cielo más clemente que la tierra?

Trascurrieron cinco días sin encontrar trabajo: los mas

Sin embargo, no opinaba así el decano, hombre ó varón fuerte según el Evangelio, el cual dijo á su compañero:

—Ya ves que Dios no nos ha olvidado, pues ha castigado tu blasfemia. El que quiere bien castiga. Dios nos ama todavía, y su socorro no está distante.

Y se arrodilló delante del ramo de boj que había quedado en el clavo con la cruz de la pililla del agua bendita, y oró con tanto fervor, que impulsados por su ejemplo todos los demás le imitaron.



Dorotea, Rodolfo y su padre en el jardín.—Pág. 69.

jóvenes perdían la paciencia, y querían empeñar la pililla para aplacar su hambre; pero el de más edad les pidió y obtuvo un día de próroga... trascurrió el día sin la menor novedad: ¡qué desesperación!

—Vamos, dijo uno de los obreros, está visto que Dios nos olvida como los hombres... y descolgó la pililla del agua bendita para llevarla á los prestamistas; pero lo hizo con tanta precipitación y torpeza, que dejó caer la alhaja de marfil y la rompió. ¡Adios, último pedazo de pan y última esperanza!...

Una hora después, el mismo que había roto la pililla prorumpió en un grito de alegría.

Acababa de encontrar en su último vestido una moneda de plata, olvidada en uno de los bolsillos ya hacía muchas semanas. Los obreros comieron y se durmieron más tranquilos á la sombra del ramo sagrado.

Más como al día siguiente no se repetía el milagro de la moneda de plata, y el hambre siempre renovada, gritaba más fuerte que nunca, el blasfemo volvió á encolerizarse, y apostrofando al ramo que había engañado su esperanza,

le colmó de sangrientas injurias, é iba á reducirle á polvo con su mano de hierro, cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un hombre.

Era un arquitecto célebre que buscaba trabajadores para que hiciesen el púlpito de madera para una iglesia, que era precisamente la misma en que los artesanos habían celebrado la fiesta de Ramos.

El artista, íntegro y severo, no había encontrado en la población mas que escultores sin nombre, aficionados á la cerveza y pendencieros nocturnos, y á falta de otros mejores, y por una indicación vaga, se dirigía á aquellos diez pobres desconocidos.

Cuando vió á los infelices unidos contra uno solo para la defensa de su talisman, cuando supo su dolorosa historia, su profunda miseria y su resignación cristiana, y cuando calculó los quilates de su paciencia y de su habilidad

—Si, amigos míos, les dijo alargándoles la mano y asomándole las lágrimas á los ojos; sí, ese ramo os ha dado la felicidad; sí, el cielo es mas clemente que la tierra, porque el mismo Dios es el que me ha enviado hacia vosotros. Os confío el púlpito de la parroquia de que sois dignos feligreses.

Ya podeis calcular la alegría de aquellos artesanos.

Hicieron en el púlpito una obra maestra, la coronaron con el ramo sagrado, y habiéndoles hecho célebres aquel trabajo, llegaron á ser los primeros escultores en madera de Alemania, y fundaron la corporación que tiene por título y por armas el *Ramo sagrado*.

Cuando los obreros alemanes tomaron parte en la última guerra civil, el decano del *Ramo sagrado*, viendo á sus compañeros prontos á sublevarse como los demas, los contuvo presentándoles su enseña de paz, y de ese modo los libró de los crímenes y desgracias de la rebelión.

Observando los gobiernos germánicos que ninguno de los afiliados en el *Ramo sagrado* habia tomado parte en los males de la patria, concedieron á cada uno de ellos un ramo de plata, con privilegios que han puesto el colmo á su fortuna y á su nombradía.

He aquí la recompensa y la gloria que un ramo bendecido puede dar al valor, al talento y á la resignación.

Mi tercer vástago fué patrimonio de dos jóvenes prometidos, que le recibieron juntos en la procesion del Domingo de Ramos.

Llamábanse Rodolfo y Dorotea, y su union estaba bendecida de antemano por sus familias.

Desgraciadamente, antes que llegase á efectuarse, el cielo les envió una grande y terrible prueba.

Paseábanse ambos una tarde en el jardín de Dorotea con el perro de la casa, símbolo y testigo de su amor y de su fidelidad, cuando el padre de Rodolfo se acercó á ellos con una carta en la mano.

Aquella carta llamaba al joven al otro lado de los mares, al otro extremo de Europa, para un negocio grave y urgente, de que dependia su porvenir y su fortuna.

El padre y el hijo nombraron á Dorotea árbitra de su deber, y esta, despues de leer la carta, dijo apartando sus llorosos ojos:

—¡Partid, Rodolfo! ¡es forzoso partir!

Partió Rodolfo, pero prometió volver fiel, y su prometida le juró aguardar su regreso. El ramo sagrado recibió su juramento comun.

Peró pasó mas de un año del término de la ausencia, y ninguna noticia se tenia del viagero.

—¡Ha muerto ó te ha olvidado! decian sus padres á Dorotea, y la proponian los partidos mas brillantes y ventajosos.

Y los mismos padres de Rodolfo la procuraban inclinar á que no pensase ya en su hijo.

Peró Dorotea les contestaba enseñándoles el ramo que su prometido le habia dejado como un recuerdo:

—Mientras que este ramo conserve una hoja, el corazón de Rodolfo solo palpitará por mí. Ese ha sido nuestro convenio delante de Dios: el Señor me ha concedido la confianza y no querrá engañarme.

Sin embargo, las hojas sagradas se iban poniendo amarillentas y se desprendian una á una, y cada una de ellas se llevaba una esperanza del alma de la contristada joven.

Por las mañanas, al levantarse, y al hacer oración á la Virgen que tenia el ramo, veía sembrado el suelo con algun fragmento mas, y en vano procuraba dar nuevo vigor con sus lágrimas á las marchitas hojas que aun quedaban.

¡Ay!... ella tambien se iba estenuando de modo que estaba desconocida, pero la cristiana conservaba la fé, mientras que la joven perdía su fuerza.

Un dia la encontraron desfallecida al pie de su cama.

Acababa de contar veinte hojas caídas por el suelo, y no se atrevía á mirar cuántas quedaban aun en el ramo.

—Todavía quedan tres, la dijo su padre, que habia acudido á su socorro, y que adivinaba las angustias de su alma.

Respiró, dirigió una mirada al ramo y pidió valor á la Virgen, y levantándose de repente como inspirada:

—Padre mio, dijo con resolución, Rodolfo vive y me ama siempre; pero se halla enfermo, cautivo ó errante por lejanas playas. Vamos á buscarle, padre mio, Dios me anuncia que le hemos de encontrar.

—¿Pero dónde? preguntó el anciano juntando las manos.

Iba á responder: ¡al cabo del mundo!... pero se detuvo al ver la debilidad y los encanecidos cabellos de su padre.

—Vamos únicamente, contestó con dulzura, hasta el puerto en donde Rodolfo se ha embarcado.

Persuadió al anciano que aquel viaje seria provechoso á los dos, y consintió en partir diciendo:

—Con tal que lo sea para ella es cuanto tengo que pedir al cielo.

Al dia siguiente se pusieron en marcha, y su ausencia duró mas de un mes. La familia de Rodolfo los aguardaba con impaciencia febril; por fin volvieron, pero consternados y silenciosos.

El padre del novio salió á recibirlos con los brazos abiertos, con su perro, desasosegado como él, y vió bajar del carruaje á Dorotea y su padre, de luto riguroso.

La joven dominó su dolor para consolar al anciano, y le dió á entender del mejor modo que la fué posible, que el buque á cuyo bordo se hallaba Rodolfo habia desaparecido, y que todas las noticias confirmaban el naufragio. Sin fuerza y sin voz despues de aquella narración, se hizo conducir á su cuarto delante del ramo de los esposales.

Creia encontrarle despojado de su última corona; pero ¡oh rayo de júbilo imprevisto en medio de su desconsuelo!... Una hermosa hoja, todavía vigorosa, habia permanecido asida al ramo.

—¡Rodolfo no ha muerto!... exclamó Dorotea arrojando su manteleta negra; esperemos, padre mio, y hagamos esperar al suyo...

Y la joven continuó rehusando los partidos que la triste noticia había renovado.

Sin embargo, un día, consternada con aquella obstinación que la mataba sin devolverla su prometido, toda la familia la intimó y la rogó con tantas instancias y vehemencia que la siguiese á los baños con un futuro preferido, que se dejó convencer por la obediencia, y aceptó lo que ella llamaba su destierro...

En el momento de la partida, sola en su cuarto, daba un adiós desgarrador al ramo sagrado: sentía por fin liberarse su creencia como la última hoja que temblaba en el ramo... cuando un carruaje hizo retemblar toda la casa. Un joven baja de él con precipitación, se lanza de los brazos de uno en los de otro, y atravesando por entre la familia estupefacta y el futuro confundido, llega hasta la habitación de Dorotea, en donde se arrodilla á sus pies, delante del ramo de los esponsales...

—¡Rodolfo! ¿Sois vos?... al fin... fueron las únicas palabras que pudo articular la joven.

Era él efectivamente: la última hoja no había mentido.

Después refirió que un naufragio le había arrojado á las costas de Africa, en donde había pasado quince meses sin poder comunicar ninguna noticia.

Algunas semanas mas tarde se casaba con Dorotea al pie del mismo altar en que habían recibido el ramo bendito, y la entregaba la última hoja de él, engastada en el anillo nupcial.

He aquí la fuerza que un ramo bendito puede dar á la ternura, duración á la constancia y encanto á la felicidad.

—Me detengo, continuó la figura Blanca, porque mi historia no concluiría jamás. Abrazaría todas las condiciones humanas, todas las edades y todas las épocas, todas las penas consoladas, todos los padecimientos calmados, todas las faltas reparadas, todas las virtudes fortalecidas, todos los odios extinguidos y obtenidos todos los perdones. Si, he ahí lo que el ramo en que yo habito ofrece al hombre de buena voluntad, desde la cuna hasta el traje viril, desde la cabaña del pobre hasta el alcázar regio, desde el arado del labrador hasta el escritorio del comerciante, desde el navío del marino hasta la tienda del guerrero, y desde el lecho imperial de los esposos, hasta el lecho de muerte de los ancianos.

Pero bastan estos tres ejemplos para confundir á un blasfemo.

El consejero Ralph se hallaba, en efecto, anonadado de sorpresa y de vergüenza.

—¿Como te llamas? volvió á preguntar con voz apagada: ¿cómo te llamas, habitante de los ramos de Pascua Florida?

—Me llamo la Fé, contestó la dulce fantasma, inundando la estancia de una luz celestial, y de un perfume delicioso.

Cuando se disiparon, Valida y su familia se encontraron solos con la rama de boj intacta y verde.

La muger blanca se había vuelto á subir al cielo, y el consejero Ralph había caído en el infierno.

Porque el consejero Ralph no era otro que el demonio de la incredulidad, que con la engañosa máscara de la ciencia, de las limosnas y de las obras muertas, atacaba la fé viva de los cristianos, en las formas exteriores, que son su vestido y el escudo terrestre.

Así concluyeron el manuscrito de la abuela y la lectura de Carlota. La joven explicó entonces al baron de Kerler, como había recibido de su piadosa abuela aquel antiguo ramo que conservaba cual un tesoro.

Ella y su madre le llamaban todavía el *boj que habla*, porque segun la tradicion, procedia de la rama milagrosa de Valida.

—Y ahora, tio mio, preguntó la joven inspirada, ¿persisís en la idea de quemar esa reliquia, ó queréis acompañarnos á la procesion de los Ramos?

El doctor, conmovido y pensativo reflexionaba en la elocuente alegoría.

Un día se levantaba con ese espíritu sombrío, como una fresca aurora en medio de las tinieblas de la noche... Sospechaba en fin, merced á las candorosas lecciones de una niña, el sentido y el objeto de las fórmulas y de los símbolos, de que se había burlado su orgullo filosófico. Vislumbraba cuanto presta la fé edificante, poético y saludable á esas palmas benditas, estropeadas con su obcecada ironía...

Volvió á tomar con respeto el ramo seco de boj, y confesó que al tocarle sentía como una impresion ardiente...

—Es el alma que habita en él, y que habla á la vuestra, hermano mio, le dijo la señora de Hermann, apretándole la mano...

—Pues bien, ya suena la campana, añadió Carlota: indudablemente tio, ¿vendreis á la procesion?

—Sí que voy, respondió el baron con la mayor sangre fria, y concluirás la leccion, Carlota, explicándome la ceremonia de los Ramos.

Un cuarto de hora despues entraban juntos en la iglesia, y he aquí lo que dijo la joven al doctor Kerler.

La iglesia celebra el Domingo de Ramos, la entrada de Jesucristo en Jerusalem.

Fue allí á padecer y morir, y su frente estaba radiante de alegría celestial.

Caminaba sobre un asno, como el Dios de la paz, y de los humildes de corazon.

El pueblo, que trascurridos cinco dias le habia de insultar y poen en una cruz, sembró el camino de yerbas y de flores.

Pero en el camino del Calvario, como en el de los Ramos, Jesucristo bendijo á sus verdugos como á sus amigos; porque iba á redimir con su sangre á unos y á otros...

«Seis días antes de la Pascua, dice el Evangelio, Jesus se trasladó á Bethania y á casa de Simon el Leproso, y allí se sentó á la mesa con Lázaro, que había muerto, y á quien había resucitado.

»Mientras comía, Maria, hermana de Lázaro, prosternándose á sus pies, derramó sobre ellos un perfume de grande precio, y se los enjugó con sus cabellos.

»Uno de los discípulos dijo entonces:—¿Por qué no se ha vendido ese perfume? Hubiera producido trescientos dineros para los pobres.

»Jesus le contestó:—Dejad hacer á esta buena muger, porque ella ha guardado ese perfume para mi sepultura. Siempre tendreis pobres entre vosotros, pero á mí no me tendreis siempre.

»Al día siguiente, Jesus salió de Bethania para Jerusalem. Cuando llegó á Betphagé, cerca del monte de las Olivas, dijo á dos de sus discípulos:—Id á esa aldea que veis ahí; en ella encontrareis una jumenta atada, con su asnillo: Desatadlos y traédme los dos.

«Obedecieron los discípulos, y preguntándoles los dueños de los animales:—¿Por qué os apoderáis de lo que no es vuestro? los discípulos contestaron:—El Señor los necesita. Y los dueños de los asnos nada replicaron.

«Los discípulos se llevaron la jumenta y el asno.... cubrieron á este con sus mantos y Jesus montó en él, cumpliendo estas palabras del profeta:—Regocijaos, hijas de Sion, por que he ahí á vuestro rey, que montado sobre un asno, viene hácia vosotras lleno de dulzura y de bondad.

«Una multitud de gente, enterneceida por la resurrección de Lázaro, y atraída por el paso de Jesus, acudió á saludar su entrada en Jerusalem. A medida que avanzaba, la mayor parte tendía sus vestidos por el suelo, y otros esparcían por él palmas y ramos verdes. Y todos gritaban.—¡Hosanna!... ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el rey de Israel, que viene en el nombre del Señor!»

¿Qué comentarios pueden añadirse á semejante página?

La institución de los Ramos ó Pascua Florida es muy antigua. Desde el siglo V, los monges, retirados al desierto, le abandonaban para ir á celebrar esa fiesta en su convento. Se cree tuvo su origen en Palestina, en donde se llama la fiesta de las Palmas, y que desde allí pasó al Oriente y al Occidente.

Un escritor del siglo XI refiere, que en su tiempo, se disponía en ese día un magnífico sillón delante del altar mayor, y que en él se colocaba el libro de los Evangelios, como figurando á Jesucristo. Todo el clero se reunía en su derredor, y se bendecían los ramos y todas las flores de la estación. Luego, después de distribuidos á los fieles, dos diáconos llevaban el Evangelio en unas andas, rodeados del clero y del pueblo con velas é incensarios y entonando cánticos. La procesión salía de la iglesia y atravesaba la ciudad: á su regreso se detenía delante de la puerta principal, que estaba cerrada, como para la entrada solemne de los reyes y grandes señores. Allí se cantaba el himno, *Gloria, laus*: llamaban tres veces á la puerta repitiendo: *Attollite portas*, etc. (Abrid y entrará el rey de la Gloria). La puerta cedía á la tercera intimación, y el Evangelio entraba en triunfo en la iglesia.... Todo el pueblo se arrodillaba al verle pasar, bajando los ramos y las flores, y cantando *Hosanna!* hasta que el sacerdote llegaba al altar.

La ceremonia es todavía poco mas ó menos la misma.

Desde por la mañana temprano, las inmediaciones de la iglesia se hallan ocupadas por los vendedores de ramos verdes, en su mayor parte de plantas campestres. Entre ellas suelen dominar el boj y el laurel en las poblaciones del Norte; el romero y la oliva en las del Mediodía. Ningun cristiano entra en el templo sin llevar en la mano la rama que le recuerda los ramos de Jerusalem, «precursores de la Redención.»

En las aldeas, cada uno la ha cortado por sí mismo, en su huerto ó en los bosques. El pobre que no tiene nada suyo, la arranca de alguna planta de los montes... La iglesia, llena de aquel verdor, presenta un aspecto triunfal. El sacerdote bendice primero el montón de ramas, y luego recorre la iglesia aspergeando las que el pueblo le presenta.

La procesión se pone entonces en marcha, y concluye como en el siglo XI. El diálogo consagrado se entabla desde dentro y fuera con la puerta ó cancel cerrado.

Después del himno, *Gloria, laus*, etc., el oficiante empuja las hojas de la puerta con el palo de la cruz.

¡Abrios, dice, abrios, puertas eternas!... ¡abrios y entrará el rey de la gloria!

Las voces de lo interior preguntan:—¿Quién es ese rey de la gloria?

El oficiante responde:—Es el Señor fuerte y poderoso, el Señor terrible é invencible en los combates. ¡Abrios, abrios, oh puertas eternas, y dejad libre el paso al rey de la gloria!

Pero las puertas continúan cerradas, y las voces de lo interior preguntan por segunda vez:—¿Quién es ese rey de la gloria?

El oficiante repite elevando la voz, y empujando con mas fuerza:—Es el señor poderoso y terrible, etc.

El coro sigue titubeante, y canta por tercera vez:

—¿Quién es ese rey de la gloria?

Tercera respuesta y tercera intimación del oficiante.—Abrios, puertas eternas, etc.

Esta vez los guardadores ceden, las pesadas puertas giran sobre sus goznes de hierro, y cruz, sacerdotes y fieles invaden el templo, entonando el *Hosanna*.

—Cuando Jesus entró en Jerusalem, cantan juntos, toda la ciudad se conmovió y el pueblo repetía:—¿Es Jesus el profeta?... ¿Jesus de Nazareth en Galilea?... y los niños gritaban:—*Hosanna, Hosanna al hijo de David!*... Vos, Señor, sacais vuestra gloria de los labios de los niños, de los que todavía están en la lactancia!...

Ese momento es de una solemnidad mágica... Todas las voces no forman mas que una sola. Suena el órgano, humea el incienso y la nave se estremece sobre sus bases.... Y la multitud con los ramos parece un bosque que anda, ondulante con la brisa de la primavera.

¡Cuadro magestuoso del cristianismo, abriendo al género humano la celestial Jerusalem!...

Comienza la misa y á la fiesta de triunfo sigue el drama de la Pasión, grande Evangelio del día. Después de la sublime relación del juicio, de los ultrajes, de los dolores, de la marcha al Calvario, de la crucifixión y de la agonía del Salvador, al pronunciar las palabras, *Jesus lanzando un grito penetrante, entregó su espíritu*, todos los ramos se bajan, todas las frentes se prosternan y todos los labios besan la tierra.

En fin, concluida la misa, cada uno se retira llevándose á su casa el ramo bendito, emblema de la fe y prenda de ventura.

Se queman los ramos antiguos para preservarlos de toda impureza. En algunas iglesias, la ceniza de estos ramos es la que se pone en la frente de los cristianos el primer día de cuaresma, presto elocuente de la palmas del triunfo, reducidas á símbolo de destrucción!

Cada uno arma y protege con el ramo sagrado á lo que le es mas querido en el mundo: la narración de la abuela nos lo ha dicho, la madre le cuelga en la cuna de su niño, el esposo sobre el tálamo nupcial, el enfermo en su lecho de dolor, el labrador en su arado y en las astas de sus bueyes, el ciego en el cuello de su perro, el mendigo en su miserable saquillo, el cochero en su carruaje, el artesano en su taller, el militar en su espada y el rey en su diadema.

El ramo que *habla al alma* acompaña al cristiano desde su primer gemido hasta su último suspiro. A la cabecera de su lecho de muerte, al pie de su féretro, vela el ramo sagrado mojado en agua bendita, y pasa luego á manos de sus parientes, amigos y hermanos en Dios. En las cuatro

tablas que llegan á ser su última morada, en la huesa en donde se colocan sus despojos inertes, descansa todavía la palma sagrada entre sus manos unidas con el rosario y la cruz

En algunas partes existe la tradición de que los ramos colocados en los sepulcros de los predestinados al cielo, florecen en su tumba en cada primavera.

Imagen admirable y encantadora de las alegrías sin fin del Paraíso...

Una tradición mas general y comun en todo el mundo, asegura que el lomo del asno se halla marcado con una cruz desde el dia en que llevó á Jesucristo.

Bien sabido es la boga é importancia que en la edad media tenia la fiesta del asno, llena enteramente de signos de la emancipacion ó libertad popular, confundidos con los del triunfo del Cristo en Jerusalem.

En algunas iglesias de Rouen, el clero lleva en la procesion del Domingo de Ramos, palmas de una palmera de Idumea, trasplantada á Francia por los caballeros de las cruzadas. ¡Doble recuerdo del triunfo de Jesucristo y de la conquista de su sepulcro por la fé!

Otros recuerdos no menos patéticos.

El dia de Pascua Florida descubrieron los españoles la Florida, y por esa razon la impusieron semejante nombre.

El himno *Gloria, laus*, etc., fué compuesto por Teodulfo, obispo de Orleans, en la prision de Augers, en donde le retenia Luis el Benigno. Un dia que aquel monarca pasaba por enfrente de la prision, su cautivo se puso á la ventana y entonó su hermoso cántico. El hijo de Carlo-Magno, enternecido y desarmado, le puso inmediatamente en libertad y le restableció en su silla pastoral.

Tales fueron las instrucciones de Carlota Hermann á su tio el baron de Kerler. Quebrantado ya por la leyenda del *ramo de boj que habla*, el doctor quedó vencido con la explicacion de la niña, y mucho mas todavía por el espectáculo que al fin comprendia.

Tomó su palma bendita como los demas fieles, y siguió á la procesion entre su hermana y su sobrina: llevó á su casa el ramo sagrado, que colocó como un nuevo faro en su gabinete ó estudio; y cuando ahora vé á los que en otro tiempo hacia reir á espensas de los ramos, les refiere la historia del boj que habla, y los cita para la procesion cristiana.



La vuelta de Dorotea y de su padre en gran luto.—Pág. 69.